

Editorial

Todo esfuerzo para lograr que haya un acercamiento real y continuo a los libros y la lectura es bueno y necesario.

No se puede tajar el sol con un dedo, ni decir que en este país no se lee; en México sí se lee, solamente hay que ver el gran tiraje de revistas de chismes de TV o de comics para saber el gran consumo que tienen. La preocupación sería encauzar al público y enseñarle que existen otras cosas que se pueden leer. Que hay diversas bellas artes que están ahí para que uno se acerque a ellas, no solamente cuanto los medios de comunicación venden como cultura o bella arte.

Todo esto viene a colación por el programa nacional de lectura que el gobierno federal propone. Todos estamos involucrados desde la familia, la educación básica y media hasta cualquier hijo de vecina.

En tunAstral hemos aprendido que, si no hay voluntad de las partes, nada se logra. Con respecto al tema de lectura, padres de familia, profesores, alumnos, deben poner su voluntad para lograr que haya avance del conocimiento científico, histórico, social y cultural, y esto se logra a través de los libros que guardan el cúmulo de experiencias del ser humano.

Sabemos que la lectura y las matemáticas son la base para que el ser humano se desarrolle y crezca. Entonces, si alguna de las partes no tiene lo principal, la voluntad, no se logrará nada.

Desde hace varios años, tunAstral se ha preocupado por tener un programa de lectura y un continuo acercamiento con los jóvenes preparatorianos. El escritor Eduardo Osorio lo bautizó con el nombre de Sistema Ixtlahuaca, pues en la escuela preparatoria de ese municipio nació este proyecto, que consiste en llevar a nuestros autores publicados con el antecedente de que los alumnos hayan leído y trabajado el libro junto con sus profesores.

Después el autor platica con ellos y la experiencia es gratificante para las dos partes: los alumnos confirman que el escritor es una persona como ellos. Queda claro que esos estudiantes son los posibles lectores y escritores que este estado y este país necesitan.

La lectura es un trabajo y, como tal, cansa; por lo tanto debemos trabajar en el sentido de que leer es un placer pero también un conocimiento que debemos difundir desde nuestras trincheras.

Entre sumas e igualdades y los cafés literarios

38 años de tunAstral

La lectura por contagio, propone Saúl Juárez, quien habla de intimidad, placer y rebeldía

José Luis Cardona E.

Puestos a igualar, diremos que 38 años son iguales a 524 cafés literarios son iguales a muchas cosas que no caben en las dos primeras cifras. Para decirle al mundo lo que eso significa, con otras palabras, vino a Toluca el director general del INBA, Saúl Juárez, quien asegura que la lectura tiene tres vértebras, a saber: la intimidad, el placer y la rebeldía. Acerca de esta trilogía ósea, Saúl, como medio mundo le dice y él se deja llamar con tanta familiaridad (finalmente es su nombre, se argüirá lo obvio), disertará con dos fines. Uno: celebrar las reuniones de tunAstral. Dos: reflexionar sobre los retos de la lectura en el siglo que apenas sigue comenzando.

acompañantes. Hay que ganarse la atención de la gente entre el ruido y el día a día de la cotidianidad herrumbrosa. Ese es el chiste de leer obra literaria: ser tan provocador que nadie se duerma o se vaya a otro lugar o diga quiénes son estos pinches locos que no me dejan tomar a gusto mi ron.

Así las cosas, Saúl se avienta al ruedo y hace una lectura sosegada, pero con ánimo de terminarla para pasar a la charla. Sus hipótesis son directas: "cada generación aporta un lector diferente y escritores distintos en cuanto al fenómeno creativo"; "la lectura, como el idioma, es dinámica y se transforma, mira hacia atrás y hacia delante, cambia en razón del tiempo"; "su esencia se mantiene"; "leer ha sido una aventura del conocimiento, un sitio propicio a las ideas y la reflexión, a la especulación y las preguntas", y, por último, la lectura "mantiene intacta su columna de variadas vértebras".

Texto pensado, el de Saúl —apenas te lo puedes imaginar gobernando ese monstruo de cabezas sindicales y caprichos insospechados que es el ombligo cultural del país: presentar un libro en Bellas Artes, ver y escuchar ópera en su recinto mayor, exponer en alguna de sus salas son anhelos de muchos mexicanos y extranjeros que aspiran a la belleza extática—. Texto armado discursivamente para mover a la reflexión, para discutir, para la polémica, que al final asomará su cabeza sólo un momento.

¿Y por qué la intimidad es una vértebra de la lectura? Porque es la "forma de estar con alguien más, usualmente un desconocido que se ha atrevido a decir algo en un libro, a hablar con la lengua escrita, a tender un puente de palabras y razonamientos, a intimar con alguien. Hablo de la intimidad entre el lector y el escritor", precisa por si algún despistado quiere quitarse la ropa. Añade que hay una segunda intimidad: la "del lector consigo

mismo, mejor dicho, la intimidad del lector con esa parte suya que aspira a la imaginación". Las dos intimidades producen igual "rechazo que encuentro, armonía o rabia".

Y ahora vamos al placer. Esto quiere decir que la lectura completa es aquella en que "se encuentran las veredas propicias para disfrutarla



Juan Carlos Estrada, Saúl Juárez y Fernández Iglesias

Restaurante Biarritz. 1991, 6 de mayo. Silvia Molina, escritora de amables maneras, recomienza una tradición que se remonta a 1964, cuando tunAstral comenzó a crear su mitología, a gritar su leyenda y a hincar una tradición en la coleta Toluca, gazmoña aunque a punto de iniciar el desmentido a Enrique Carniado, quien la había visto como una taza de plata con olor a sacristía. Y es fácil imaginar que así olió durante varios siglos y que a veces, todavía, se desprenden de ciertos rincones reaccionarios algunos aromillas a calzón no lavado y muy usado, olores rancios. Reto de la modernidad inacabada, que, por cierto, no usa ropa interior.

Restaurante Biarritz, 2002, mayo seis. Un cartel que reproduce un acrílico sobre tela de Orlando Silva Pulgar (1915-2002) incluye en su leyenda la ya famosa "poesía es la palabra; amor es la acción". Lleno de la misma consigna, el vozarrón de Roberto Fernández Iglesias avienta al aire un agradecimiento que casi desborda ternura, pero, vamos, el poeta tiene sus calladas maneras y sólo lo saben quienes lo han tenido cerca y han estado juntito a su corazón, "divirtiéndose" y "echando desmadre", como él dice cuando se refiere a su manera de hacer promoción cultural.

Saúl —ya que oímos a varios tomarse esa confianza— platica que ha venido en varias ocasiones a presentar su obra en este mismo escenario, ruidoso, poco atento y distraído en esas contables 524 ocasiones; pero del que ya es difícil desprender el rito de los lunes a las ocho pasadas en que poetas, cuentistas, teatristas, novelistas, ensayistas, pintores (para romper la cacofonía) y etecé, etecé, han venido a presentar sus obras, a platicar con el respetable —a veces nada respetuoso— y a responder a preguntas, buenas a veces, para salir del paso las más y mejor olvidables tantas otras.

Así está pensado, pues. Está atento el que quiere. En ocasiones, los expositores han sabido ganarse la atención de los comensales. Algunos se han desesperado porque, salvo en las primeras mesas, el resto de los parroquianos (qué bonita palabreja muy de quién sabe cuándo) hace lo que venía a hacer: comer, echarse un trago, estar en la plática con sus



Asistentes al Biarritz

con los sentidos abiertos y alertas". Por cierto es un placer que "suele ser agresivo y, con gran frecuencia, saca a bailar los demonios ocultos. Qué bueno que así sea". Saúl también es un provocador.

¿Y qué con la rebeldía, en esta combinación descriptiva? "No conozco a ningún lector que se conforme con el mundo tal cual es". En otras palabras, la lectura "invita lo mismo a la acción íntima y reflexiva

En primera persona

Roberto Fernández Iglesias

Sobre Cafés Literarios

Desde hace algún tiempo he visto con atención cómo proliferan actividades con pretensiones de promover la literatura, o algo que se le parece, con el nombre de *café literario*. Puede ser que el apelativo tenga poder de convocatoria o simplemente se liga con las relaciones establecidas entre la estimulante bebida y el cerebro despierto de artistas e intelectuales.

Por eso, hay quienes creen alcanzar niveles de excelencia narrativa con el consumo de café en las cantidades atribuidas a Balzac. El mecanismo es semejante para quienes creen en las posibilidades de otras drogas más o menos legales como alcohol o marihuana.

Algunas instituciones reclaman un público con la organización de *café literarios* en los cuales ni siquiera hay aroma de café. Simplemente suena a *bohémio* o informal; pero en la práctica no es. Así, resultan otras más o menos aburridas presentaciones literarias.

Del mismo modo que son más o menos soporíferas algunas acciones literarias que pueden proclamar con más razones el título de *café literarios*.

Después de participar en la organización de algunos cientos de sesiones de *Cafés Literarios tunAstral* puedo señalar marcas que distinguen esta tarea. Para empezar, un *café literario* debe efectuarse en un sitio donde siempre hay café, una clientela capaz de tomar otras cosas, de comer.

En ese lugar, en día y hora fijos, la literatura y otras artes piden un poco de atención. Quienes están en el local pueden haber ido con intereses nada literarios y no tienen la obligación de ceder atención al llamado de las letras. Eso permite, a quienes sí fueron por el arte, ignorar la faena artística si le parece deficiente. Es más, cometen un error quienes piensan que, como en los conciertos sinfónicos, es un pecado hacer ruido, hablar o cualquier movimiento capaz de distraer.

En *tunAstral* ha habido muchas variantes. Desde quienes fueron al Restaurante Biarritz a comer y continuaron la sobremesa con copas hasta que empezó el *café literario*. De esos hubo quienes ignoraron el asunto y continuaron con su ruidosa alegría. Otros intentaron participar con resultados imaginables.

También ha habido quienes estaban de paso por la ciudad y sólo querían comer algo. Al llegar la letra, pusieron atención, disfrutaron el momento y desearon que hubiera algo así en el lugar donde viven. Puedo decir que hubo quien llegó a conversar con alguien y varios años después asiste con regularidad.

Por eso, cuando veo anuncios de *café literarios* en sitios cerrados como museos y centros culturales o educativos, siento que algo está fuera de lugar; pero también debo reconocer que la lucha por difundir la literatura es ardua y todo se vale.

que al impulso explosivo" (es necesario preguntar si los lectores de libros de autoayuda quieren cambiar el mundo y luego responderse acá para los adentros que sí, también quieren cambiar el mundo porque sufren mucho, hasta tal vez igual que quienes se enamoran de Emma Bovary y le recriminan sus deslices o lloran por su muerte o la celebran por vieja ligera).

"La lectura entrará en una nueva etapa en el siglo XXI", aventura Saúl y le sale al paso a quienes sólo ven años y años por venir llenos de imágenes y niñitos clavados a las *caris* japonesas de machetazos a canto de mano y destripados con cara de lagartija: "Yo no sé si será o si ya es, como ellos dicen (los que lo dicen, como el italiano Sartori) el siglo de las imágenes. Lo que sí sé es que la fuerza de la palabra, verbal o escrita, sigue siendo el cimiento de la comunicación verdadera y es el mejor vehículo para calificar, decantar, analizar o descartar incluso a esas nuevas imágenes que hacen al mundo cada vez más pequeño, más al alcance de la mano". No descalifica a la *Internet*, a la que propone utilizar. "El acto de leer mantendrá su fortaleza como la mantiene la palabra".

Y por si no fuese suficiente para incitar a la discusión, viene lo mejor: grande es la responsabilidad de las instituciones públicas y privadas que se encargan de la formación de niños y jóvenes en las etapas en que se hacen lectores, porque aprender a leer y escribir no deriva por necesidad en el hábito de la lectura de búsqueda, curiosidad e imaginación. Luego entonces hay que pensar a la lectura como "un territorio propicio en la aventura vital de los alumnos y también de quienes hemos sido profesores".

Para lograrlo, Saúl se va de paseo con la nostalgia. Al regreso explica lo de la lectura por contagio. Se trata de promocionarla como se hace con las disciplinas artísticas cuando se pide a alguien que lea o conozca lo que estamos haciendo. "Se requiere dedicación y talento para lograr el contagio", admite, y cita a Harold Bloom, para quien leer es un placer difícil. En su paseo, espléndido, por la nostalgia, Saúl se acuerda de don Gregorio Rivas, quien lo invitaba a leer en su biblioteca y lo hizo seguir los pasos del capitán Ahab venteando sobre las olas agitadas por aquella espeluznante y metafísica ballena blanca que sólo dejó vivo a Ishmail-Melville, a fin de que contara la aventura.

Saúl nació en Yuriria (famosa por su laguna, los chiles secándose al sol y unas ricas enchiladas que no pican rellenas de verdura, según el diálogo íntimo me hace recordar) y don Goyo no sólo le prestó libros arduos como *Moby Dick*, sino que lo enseñó a jugar billar, escribir esquelas de los prominentes del pueblo y a imprimir en mimeógrafo un periódico de dos hojas.

"Lectura, imaginación y vida real se convertían en una sola cosa en aquellas tardes en una banca del atrio del convento de Yuriria. Lo



Escuchan a Saúl Juárez

cierto es que Gregorio Rivas me descubrió el universo de los libros y quedé contagiado para siempre. Creo que esa es la tarea de ustedes, la mía y la de muchos otros que hoy apostamos a la intimidad, al placer y a la rebeldía de la lectura".

Después de este remate muy halagador para la tribu *tunAstral*, vinieron las intervenciones, que más que preguntas resultaron un cuestionamiento deshilvanado pero válido con respecto al proyecto educativo pasado y presente que, se dijo, aleja a los niños de la lectura como Saúl Juárez la propuso, porque se pone cuidado en el número de palabras leídas por minuto y no en su significado, y porque los maestros no se distinguen, por regla general, por ser buenos y constantes lectores de obras que demuestran que la vida imita al arte, como quería Wilde.

Margarita Monroy explica al final que no hubo pastel y hace grande el agradecimiento a todos aquellos

y aquellas que han participado en los 524 *café literarios*. Por cierto, el cartel es un homenaje al pintor chileno Orlando Silva Pulgar, quien falleció este año y a cuyo trabajo se debe el mural que adorna los costados de las escaleras del edificio de rectoría de la UAEM, entre otras obras que merecen ser revaloradas como reconocimiento a quien le entregó a Toluca su trabajo creativo.

Y ya. Hay que empezar a celebrar otro aniversario en el ruidoso escenario que ha sido tan útil y no se entiende sin los lunes de *tunAstral*, aunque el resto de la semana no haya quien interrumpa la cotidianeidad herrumbrosa de los encuentros de todos los días. Por cierto, Saúl Juárez vino acompañado de Eduardo Langagne, poeta y funcionario del CNCA, pero, sobre todo, escritor de fina arpa.



Juan Carlos Estrada, Fernández Iglesias, Saúl Juárez y Lucía Silva



Panorama del aniversario

Lectura en el nuevo siglo

Saúl Juárez

Es verdad que cada generación aporta un lector diferente y escritores distintos en cuanto a su acercamiento al fenómeno creativo. También es cierto que la lectura, como el idioma, es dinámica y se transforma, mira hacia atrás y hacia adelante, cambia en razón del tiempo. Pero los cimientos sobre los que se levanta, mármol o arcilla, son los mismos desde la antigüedad. Su esencia se mantiene. Desde las civilizaciones antiguas hasta nuestros días, leer ha sido una aventura del conocimiento, un sitio propicio a las ideas y la reflexión, a la especulación y las preguntas. La lectura, desde el pasado remoto hasta nuestra época de nuevas tecnologías cercanas a la ficción científica, mantiene intacta su columna de variadas vértebras.

Aquí referiré sólo tres de ellas:

La intimidación. Esa forma de estar con alguien más, usualmente un desconocido que se ha atrevido a decir algo en un libro, a hablar con la lengua escrita, a tender un puente de palabras y razonamientos, a intimar con alguien. Hablo de la intimidad entre el lector y el escritor. Fenómeno que deriva en una segunda intimidad que se funde con la primera para convertirse en una sola, única, diferente a todo lo demás. Me refiero a la intimidación del lector consigo mismo, mejor dicho, a la intimidación del lector con esa parte suya que aspira a la imaginación, a la creación de mundo paralelos tan ricos como el verdadero, tan distintos y tan parecidos. Es la intimidad del lector y es su relación con el escritor que lo mismo produce rechazo que encuentro, armonía o rabia.

El placer de la lectura. Si el acto de leer se congela en el aprendizaje desciframiento de signos, es sólo una lectura a medias. Para ser completa, es indispensable encontrar las veredas propicias para disfrutarla con los sentidos abiertos y alertas. Pero no se piense que el placer de la lectura es paradisiaco e inocente, suele ser agresivo y, con gran frecuencia, saca a bailar a los demonios ocultos. Qué bueno que así sea.

La rebeldía. No conozco a ningún lector que se conforme con el mundo tal cual es. No sé de ninguno que acepte de buen grado lo existente en detrimento de lo posible. El ejercicio de la lectura, más que a la inmovilidad y a la contemplación, invita lo mismo a la acción íntima y reflexiva que al impulso explosivo.

Lo cierto es que la lectura hace diferentes a los hombres, no sé si siempre mejores, pero sí más completos en la medida de la intensidad. El verdadero lector emite siempre una respuesta, consciente o inconsciente, y esa respuesta genera, por derecho propio, un impulso novedoso en el universo de las ideas. No pretendo ponderar la lectura como una suerte de salvación del mundo, ni como un idílico atalaya desde donde se puede ver el mundo con los exclusivos ojos de la inteligencia y la razón, sólo busco reiterar que es deseable un mayor número de lectores, particularmente en países como el nuestro que cambian de forma acelerada en la búsqueda de nuevos cauces políticos y de una nueva composición de la trama social.

La lectura entrará en una nueva etapa en el siglo XXI. Una faceta diferente, un nuevo eslabón en una venturosa cadena de siglos de lectura. No faltan las voces que anuncian el derrumbamiento de la lectura tradicional: la del libro, la del periódico o la revista. Aseguran que el siglo XXI será el de las imágenes y no el de la palabra escrita. Señalan que, en todo caso, las imágenes serán las nuevas palabras. Piensan que, especialmente tratándose de niños, las imágenes deberán predominar sobre la palabra para así poder competir con los productos de los medios masivos de comunicación.

Yo no sé si será o si ya es, como ellos dicen, el siglo de las imágenes. Lo que sí sé es que la fuerza de la palabra, verbal y escrita, sigue siendo el cimiento de la comunicación verdadera y es el mejor vehículo para calificar, decantar, analizar o descartar incluso a esas nuevas imágenes que hacen al mundo cada vez más pequeño, más al alcance de la mano.

No me refiero, por supuesto a las imágenes plásticas, a las viñetas que acompañan nuestros libros de la infancia y no pretendo descalificar a los nuevos mecanismos de información como Internet. Todo lo contrario, será necesario aprovecharlos como espacios creativos, subirse a ellos, utilizarlos como ya lo están haciendo con fortuna artistas de gran talento.

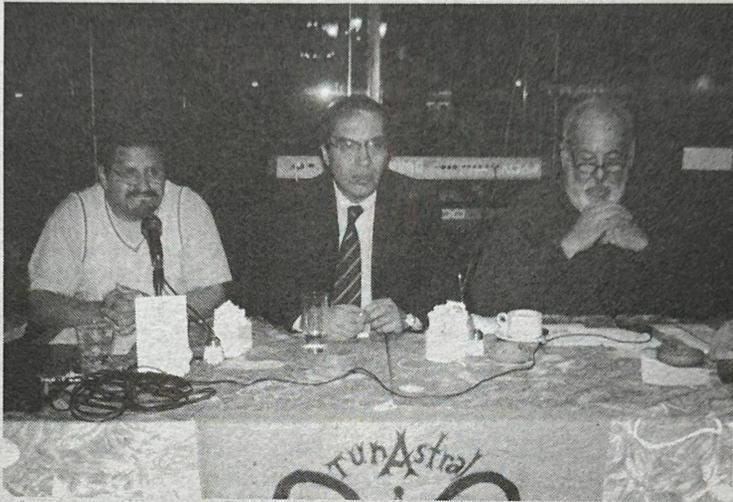
Quizá la lectura cambie en la piel pero no en la esencia. Estoy seguro que la vida del libro es larga, pero también habrá quien prefiera leer en pantallas pobladas de imágenes diversas, de hipertextos con cientos de ligas. No me preocupa demasiado pues estoy convencido que el acto de leer mantendrá su fortaleza como lo mantiene la palabra.

Ahora bien, ¿cuál es la tarea de las instituciones de enseñanza y cultura en cuanto a la lectura? Su papel es deter-

minante. La sociedad ha depositado en las instituciones, públicas y privadas, una buena parte de la formación y la instrucción de los niños y jóvenes, etapas en las que se hace los lectores. Por tanto, la responsabilidad es grande y definitiva.

Vale la pena aquí hacer una precisión: aprender a leer y a escribir en el proceso de enseñanza-aprendizaje no necesariamente deriva en hábito de lectura. No al menos de la lectura de la que he venido hablando líneas arriba, la de la búsqueda, la curiosidad y la imaginación. Creo necesario entonces que se fortalezca el papel de lectura no sólo como ruta indispensable en el camino del aprendizaje, sino como territorio propicio en la aventura vital de alumnos y también de quienes hemos sido profesores.

Profesores, pedagogos, escritores, especialistas de diversas disciplinas se han reunido ya para abordar el tema y generar proyectos específicos de trabajo. Pero también sostengo que, en el futuro, en particular las instituciones académicas deberán impulsar todas aquellas investigaciones que permitan conceptualizar y analizar la lectura y sus públicos, las estrategias de animación dentro y fuera del aula y, muy importante, la



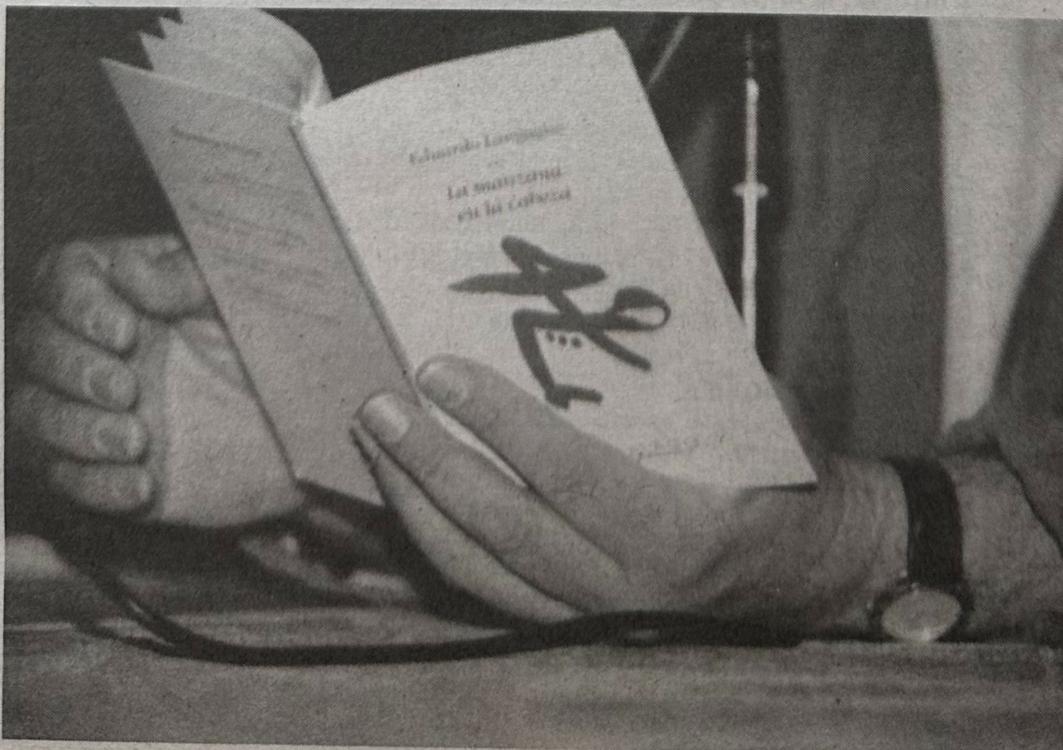
Martín Mondragón, Saúl Juárez y Fernández Iglesias

publicación de más libros y más guías para orientar la promoción de la lectura.

Estamos en inmejorable momento para ello. Se ha abierto un camino; los profesores cada día están más conscientes de la importancia de la lectura como factor de cambio y de profundidad; los escritores participan desde distintas tribunas en una tarea que debe ser colectiva y coordinada. Desde luego, las estrategias no pueden ser uniformes para un país como el nuestro donde la pluralidad es un sello distintivo. Cada sector, cada región, definirá sus mecanismos de trabajo en un esfuerzo conjunto y ligado a las otras tareas de promoción de la cultura.

No veo por qué la lectura no se promueva como el teatro o la danza, la música o las artes visuales. En la promoción de las disciplinas artísticas hay un modelo que sigue siendo efectivo: una persona o un grupo de personas muestra su trabajo a los demás y con ello los invita a degustar, a criticar y a profundizar. Lo mismo puede suceder con la lectura: alguien que ha leído invita a leer a los otros. Pero esta fórmula que suena tan sencilla, a la hora de la práctica no resulta tan fácil. Se requiere dedicación y talento para lograr el contagio.

Importa aquí señalar que la lectura es un acto libre y deseable y que su promoción en los distintos públicos es una invitación a entrar a un estrato diferente de la existencia. La lectura es una lucha a favor de las



Manos de Eduardo Langagne

Lapidaria

Alfonso Sánchez Arteche

Lectores de qué

A principios del siglo XX éramos simplemente un país de iletrados. Hoy hemos mejorado, porque somos un pueblo que, aun sabiendo leer, emplea esta habilidad de la peor manera posible. Si en los últimos estertores de la revolución el soñador Vasconcelos dilapidaba los escasos recursos destinados a la cultura en la edición de clásicos lujosamente encuadernados, hoy el analfabetismo funcional de algunos funcionarios del sector sitúa los esfuerzos en el otro extremo. La élite del poder se ha propuesto abolir a los clásicos, mientras promueve campañas "en favor de la lectura" explotando la imagen de estrellas del espectáculo que no se distinguen, precisamente, por su afición a los libros.

Ferias del libro, bibliotecas escolares, así como secciones de libros y revistas en algunos centros comerciales, son un muestrario ilustrativo de lo que hoy se entiende por "materiales de lectura". Autosuperación personal, cursos de autoaprendizaje, entretenimiento, ocultismo, *best sellers*, entre otros, son los nuevos géneros literarios en que se clasifica la oferta editorial al alcance de los nuevos públicos. El libro ha perdido su condición de producto cultural para transformarse en una mercancía apenas diferenciada de otras. En días pasados, se me ocurrió entrar a una librería de signo confesional tratando de adquirir una edición española de los *Evangelios apócrifos*. Al no haber empleado que me atendiera, extraje simplemente el ejemplar que sobresalía de un paquete recién abierto y lo presenté en la caja para pagarlo. La dependiente me preguntó de dónde lo había tomado y, cuando le respondí, repuso que "esta mercancía no está etiquetada" y que "ningún artículo puede ser vendido si no lleva el código de barras". Desde luego, no me quedaba más remedio que poner ese objeto en su lugar, en el cesto de la basura, y así lo hice ante la mirada atónita de la cajera.

¿Qué lectura puede ser, entonces, la que publicitan buena parte de la industrial editorial, las autoridades civiles y eclesiásticas, incluso los propios maestros de literatura? Desde luego, la que mejor se vende porque es ofrecida desde la ignorancia. Una sociedad educada para consumir bazofia, optará desde luego por comprar esta clase de mercancía. Los libros del profesor Cornejo, los de Carlos Cuauhtémoc Sánchez, los textos pseudocientíficos o abiertamente anticientíficos que gozan de amplia promoción, continuarán desplazando a las obras fundamentales de la cultura antigua, moderna y contemporánea. Si aquella clase de lectura (anodina, irresponsable y cursi) es la que se pretende impulsar, habría que llamarla por su pro: campaña en pro del analfabetismo.

El arca encallada

Susana Bianconi

Vivir con el Verdiguel

La ciudad lleva un río escondido en sus entrañas. Toluca es una ciudad que rueda a contrapelo; asentada en la ladera sur de los cerros es barrida por el viento del volcán todo el año. Del otro lado, el clima es apacible y casi no hiela. Para pasar de aquel lado, al lado de La Mora, hay que cruzar el río ahora oculto por calles y casas desordenadas.

El Verdiguel es río caudaloso en época de lluvia y un hilito en el estiaje. Siempre ha sido así y antiguamente el río juntaba sus afluentes al pie del Cerro de Coatepec y se dejaba ir a través de la ciudad hasta rodear el cerro de Huitzila y tomar rumbo noreste para unirse con el manso río Lerma. Nueve puentes lo cruzaban con elegancia; de izquierda a derecha del mapa, comenzaba el de Bernardino, seguían el del Molino, San Fernando, La Unión, Los Lavaderos, El Carmen, La Aduana, Guadarrama y finalmente Huitzila. Algunos se pueden ver en mapas antiguos como el que en 1791 representa a la ciudad mirando al sur: *Perspectiva de St. Joseph de Toluca en el valle del Matlatzinco, con su río y su volcán*, dibujado por Joseph Emmanuele Caballero y Barnard.

Los españoles jamás se preocuparon porque el río fuera limpio. Aún corría al aire libre a principios del siglo pasado, hasta que un ayuntamiento nada honorable decidió entubarlo y vender entre 1957 y 1959 la superficie del cauce al mejor postor. Notarios nada notorios concedieron escrituras por estas tierras, las que según la Constitución del 17 pertenecen a la Federación, igual que hondonadas, lagos y riberas nacionales.

La tenacidad de las aguas ha deteriorado las obras carcelarias que ocultan el río y ha vuelto locos a los gobernantes en turno. Me llena de alegría porque siento que el torrente vuelve por sus fueros, porque quiere alzar su cabeza y lucir al sol como se debe. Si Madrid pudo limpiar su pestilente Manzanares y Londres su nauseabundo Támesis, ¿por qué no recuperar para el presente sobre el agio urbano, este paseo dominical, la verde ribera arbolada que es potencialmente el río Verdiguel?

Tenemos la fecha clave para su inauguración: el bicentenario de la Independencia en 2010. Una empresa de ocho años garantiza buen término. Recuperemos para Toluca y el valle del Matlatzinco esta arteria viva y vivificante; celebremos la fecha con fuegos artificiales reflejados en las crecidas aguas septembrinas del río limpio y a cielo abierto.

No es utopía vivir con la caricia de dones terrenales. Sobrevivir a contrapelo del flujo del río y de la historia ha costado caro y obliga a vivir en incertidumbre, en atentado continuo de la desvigorización de los árboles que realiza el ayuntamiento actual para poner a Toluca a la cabeza de las ciudades más feas de México. Cambiemos la ceguera de los funcionarios que huelen a drenaje por la visión límpida de una ciudad bella sin nada que ocultar: abramos el cauce y vivamos con el Verdiguel.



Saúl Juárez y Dionicio Munguía

ideas y de la palabra. Y uno de los objetivos de los promotores, entre otros muchos, es la apertura de espacios que permitan la complicidad en una actividad que invita al placer de los libros. Pero que no se confunda, cuando refiero el placer de la lectura no pretendo señalar que se trata de algo placentero por sencillo. Los placeres verdaderos siempre requieren de un esfuerzo particular.

El crítico literario Harold Bloom, califica al acto de leer como una placer difícil al decir: *Leemos a Shakespeare, Chaucer, Cervantes, Dickens y demás escritores de su categoría porque la vida que describen es de tamaño mayor que la natural. En términos pragmáticos se han convertido en la verdadera bendición, entendida en el más puro sentido judío de "vida más plena en un tiempo sin límites". Leemos de manera personal por razones variadas, la mayoría de ellas familiares, porque no podemos conocer a fondo toda la gente que quisiéramos; porque necesitamos conocernos mejor; porque sentimos necesidad de conocer cómo somos, cómo son los demás y cómo son las cosas. Sin embargo, el motivo más profundo y auténtico para la lectura personal del tan maltratado canon es la búsqueda de un placer difícil.*

siasmo. Don Goyo leía para él y para los demás. Pero debo decir que con él no sólo aprendí a disfrutar de la literatura sino a jugar billar, a escribir esquelas de los prominentes difuntos del pueblo, a imprimir en mimeógrafo dos hojas que hacían las veces de periódico.

Además le ayudaba a escribir sus cartas de amor a destinatarias secretas, mismas que después solía leer en voz alta para un grupo selecto de amigos encabezados por el enterrador y el coime del billar. Después de recitar sus misivas apasionadas, sin dar la fuente, solía relatar pasajes de las grandes obras como si él hubiera sido el protagonista en la vida real. Así, don Goyo había sido amante de Emma Bovary, encarnada en Agueda Reynoso la mujer del notario o en Rocío Yañez la hermana del panadero. Las huertas de guayaba de la salida del pueblo tomaban así los colores de la campiña francesa como escenario de la pasión desenfrenada. Lectura, imaginación y vida real se convertían en una sola cosa en aquellas tardes en una banca del atrio del convento de Yuriría. Lo cierto es que Gregorio Rivas me descubrió el universo de los libros y quedé contagiado para siempre. Esa es la tarea mía y de muchos otros que hoy apostamos a la intimidad, al placer y a la rebeldía de la lectura.

Cafés Literarios

TUNASTRAJ

agosto 2002
todos los lunes
20:00 hrs.

- | | | |
|------------|---|-------------------|
| Día | | |
| 5 | Carmen Galán Benítez
<i>Tierra marchita</i>
Fondo Editorial Tierra Adentro/CONACULTA
comentarios: Alejandro León Meléndez y la autora | (novela) |
| 12 | <i>Máscaras para dos desconocidos</i>
de Francisco Garzón Céspedes
Grupo Drao/UAEM
Actores: Sandra Tourlay (Ella) y José Luis Falcón Arce (Él)
Dirección: Víctor Naya Marín; música: Marcos Bastida;
escenografía: Ángel Mejía Carmona;
apoyo técnico: Óscar Ríos y Pablo Chang | (teatro) |
| 19 | <i>Alas y mares</i>
Grupo Voces y Ritmos
lectores: Óscar Esqueda, Esperanza Tapia,
Edna Tovar y Adalberto Téllez
recopilación poética: Alfonso Sánchez Arteché | (poesía en atril) |
| 26 | Topete
Topete y la <i>Trova Cubana</i> (presentación de CD) | (música) |

moderador: Dionicio Munguía J.

Restaurante Biarritz
5 de Febrero esq. Nigromante
Centro, Toluca, México
Teléfonos: 14 57 57 y 13 46 24

entrada libre

Cafés Literarios

TUNASTRAJ

agosto 2002
todos los lunes
19:00 hrs.

- | | | |
|------------|-----------------------|-----------------|
| Día | | |
| 5 | Herasto Reyes | (periodismo) |
| 12 | Miguel Antonio Bernal | (ensayo) |
| 19 | David Ronbinson | (cuento-poesía) |
| 27 | "Pille" Collado | (folclorista) |

ExedraBooks
Vía España con Vía Brasil
Panamá, Panamá

entrada libre

Un aniversario 38 en tunAstral

Dionicio Munguía J.

Hay que ir con ánimo dispuesto, parecía ser la consigna este mes de mayo del 2002 para la celebración de los treinta y ocho años de tunAstral y los once del Café Literario en el Restaurante Biarritz. Figuras nacionales en la literatura, con muchos años en el medio, funcionarios públicos de la cultura, poetas, narradores y periodistas. Aquello era para verse y oírse.

La noche del 6 de mayo, como cada aniversario, se planteó un programa de actividades que se enfocaban a celebrar, a cumplir con el ritual. La charla de Saúl Juárez aludiendo a la lectura fue buena. El ruido del fondo se incrementó por momentos y las palabras del actual director del INBA se perdían a pesar del sonido tunAstralesco. Eso no impidió, por supuesto, escuchar las propuestas del poeta y funcionario cultural.

Inciar a la lectura es la premisa. Cada uno de los lectores activos tiene el compromiso de crear nuevos lectores, de incentivarlos, de motivar su incursión dentro de los libros, a través y para los libros. Saúl Juárez comentó su experiencia, su niñez transformadora de lagos en océanos, de peces pequeños en grandes ballenas con épicas batallas y soñadoras evocaciones de un mar lejano, pero cerca, muy cerca, representado por la laguna de la niñez. No era preciso convertirse en el Jonás bíblico para montar una ballena y surcar la imaginación, sólo bastó con unas cuantas páginas y el deseo de seguir adelante, hasta el final del libro.



Eduardo Langagne

da (algo que el propio Langagne hace pero que en esta ocasión no se atrevió).

Después de hacer un recorrido por este género, Langagne leyó poemas de otra índole, más personales, más íntimos, propios de un poeta reconocido, galardonado con premios importantes y con más de una docena de títulos publicados. Poemas que narran un tiempo apropiado para la reflexión, para la búsqueda, ese intento que todos los poetas hacen en sus versos, la poesía como medio de expresión, que a veces sale bien, que a veces sale mal. Eduardo Langagne lo sabe y sigue en el camino, presuroso o lento, hombre que escribe en las noches o en las mañanas, que hurga sin parar en los sentimientos y los plasma, acólito fiel de la palabra, en el papel en blanco.

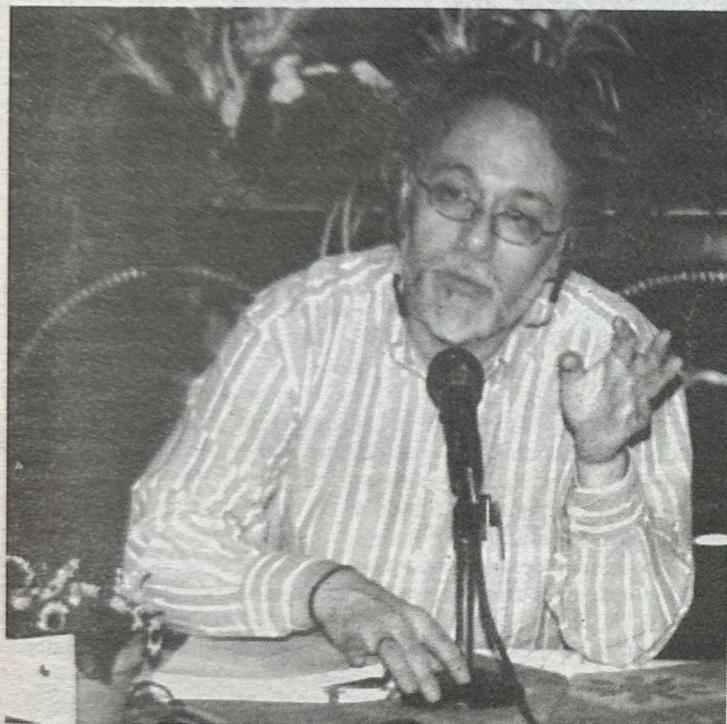
Cosa distinta hizo René Avilés Fabila, narrador, periodista, que charló el lunes 20 de mayo sobre periodismo cultural, avatares y desencantos, satisfacciones vueltas páginas de periódico, un suplemento que muchos leímos con agrado cuando nos acordábamos de comprar *Excelsior*. Si bien en la historia quedará *El Búho* como parte fundamental para comprender la literatura nacional, también debemos reconocer la labor de René Avilés Fabila como perpetrador del mismo, como el cerebro que hizo funcionar durante varios años ese suplemento que a veces se perdía en el maremagnum de la información política.

Avilés Fabila recordó viejos momentos de su trabajo como periodista. Trabajo que le trajo sinsabores, pero que la mayor parte del tiempo fue agradable, como dijera el propio autor, satisfactorio ante los logros obtenidos. Presentó ante los asistentes al Café Literario la revista *El universo del Búho* que surgió como continuadora del suplemento, aunque con un formato distinto. Durante la charla, Avilés Fabila hizo mención acerca de las políticas culturales actuales como observador y creador, sin que esto afecte su trabajo como escritor, porque, a pesar de los problemas que la industria editorial enfrenta ante el IVA, como editor seguirá publicando la revista.

El 27, lunes de poesía y poeta, David Huerta estuvo presente en el Café Literario tunAstral, en el restaurante Biarritz. Autor con una obra ya reconocida a nivel nacional e internacional, David Huerta acercó a los oyentes una poesía plena, llena de imágenes, en plenitud. La primera parte de su lectura fue un descubrimiento mutuo, por parte del poeta al enfrentar al público con una poesía llena de símbolos, personales algunos, universales otros, poemas que posiblemente resultaron un tanto oscuros y poco comprensibles, pero que demuestran el oficio de un poeta que tiene años en el camino. La segunda parte fue un acercamiento a poemas que no solamente conocen los seguidores de la poesía de Huerta; fue disfrutar la palabra, ese verso no tan sencillo pero más accesible a los lectores, en este caso, los asistentes al café literario.

Mayo fue el mes de tunAstral, un aniversario más, un año donde se conjugaron los reconocimientos y las satisfacciones,

nuevos libros publicados, una serie que comienza. Así son estas cosas de la promoción cultural, casi como la lectura, hacer las cosas para acercar a más gente, para que más se interesen en la cultura.



David Huerta

Los lectores se crean a partir del entusiasmo personal trasladado al escucha cercano, atento y proclive a perderse entre las páginas de un libro. La creación, para algunos, viene después, es parte del proceso. Si no hay lectores, no habrá escritores; y si estos desaparecen, los libros se verán en aprietos y desaparecerán también. Saúl Juárez niega rotundamente que la Internet haga disminuir el número de lectores y recordó las viejas premoniciones cuando se aseguraba que ante la aparición del radio primero, y después de la televisión, el libro desaparecería, y no fue así. Ahora viene la Internet y tampoco desaparecerá, eso lo afirmó.

Y vino la celebración. El cartel del aniversario número 38 de tunAstral fue un homenaje al maestro Orlando Silva, recientemente fallecido. No hubo pastel, pero estuvieron presentes viejos tunAstrales quienes, junto con Lucía Silva Sotelo, hija del maestro Silva, se apersonaron a destapar el cartel y dar inicio al mes de mayo, mes de tunAstral. Roberto Fernández Iglesias tomó la palabra e hizo un recuento. Agradeció a quien debía agradecerse. Se tomaron las fotos, el brindis con café, y la noche continuó en la mesa con la charla entre los invitados y quienes estuvieron cerca.

Después de la incitación a la lectura de Saúl Juárez, vino la incitación a la poesía. Eduardo Langagne se vistió de decimero y leyó algunas de las décimas escritas a través del correo electrónico el lunes 13. Fallidas algunas, como el mismo autor lo dijera, acertadas otras, las décimas son parte de la creación literaria de zonas específicas, no sólo de nuestro país, sino de otros países cercanos, como Cuba. Y este ejercicio surgió de la comunicación, vía *email*, entre dos poetas y la palabra.

Palabra que fue escuchada con atención y comentada, frases que tienen un enigma propio, en ocasiones sencillo, a las que sólo les faltó música, ya son o huapango, ya sea acompañada por una guitarra o canta-



René Avilés Fabila

Quinta columna

José Luis Herrera Arciniega

Paz, Carrera y Olga

En los últimos meses, con varios grupos de estudiantes de bachillerato trabajamos el volumen de ensayos de Mauricio Carrera, *El centauro en el túnel*, de las ediciones de tunAstral. Luego de haber elegido esa obra, tuve dudas acerca de su posible recepción entre jóvenes que, como con frecuencia suelo lamentarme, ni de lejos acostumbraban leer.

Las dudas se disiparon cuando comprobé que, en mayor o menor medida, los jóvenes habían realizado la lectura, quizás no del todo profunda, pero habían captado ideas esenciales del texto. Quienes conozcan el libro recordarán que es una revisión sobre algunos autores de narrativa mexicana del último cuarto del XX, como Paco Ignacio Taibo II, José Joaquín Blanco y Enrique Serna.

Esta recepción de un libro de crítica literaria me provocó en varios casos la reconciliación con parte de la raza humana, en su versión adolescente, pues la escritura de Mauricio Carrera les hizo reaccionar, reflexionar, imaginar cosas en las que antes no habían pensado.

Un nombre permaneció en su mente: Olga Lavanderos, aparecida inicialmente en la novela corta de Paco Ignacio Taibo II, *Sintiendo que el campo de batalla...*

¿Qué atrajo a los jóvenes a Olga Lavanderos? Cierta impudicia, rebeldía, y aun procaces frases que —en particular las mujeres— llegaron a repetir porque decían algo (por ejemplo: “para huevos, los ovarios”). Olga Lavanderos no es uno de los personajes más logrados de la novelística de Taibo II (siempre será preferible el primer Belas-coarán Shayne de *Días de combate*), pero algo se avanzó mostrarla al lector desde la óptica de Mauricio Carrera dejó imágenes, ideas o palabras en jóvenes no habituados a la lectura.

En este episodio alcanzó a participar Octavio Paz. Explico; un par de páginas del ensayo de Carrera se dedican a explicar la actitud belicosa y feminista de Olga Lavanderos, mediante el análisis de su lenguaje lépero y vulgar, más que ofensivo en los labios de una mujer. Alguien —¿un padre de familia?— emitió protestas, no se trataba de palabras que los jóvenes no conocieran o no utilizaran en su lenguaje coloquial, pero una cosa es decir las en el trato cotidiano y muy otra es verlas impresas. No lo concebían, se sorprendieron.

Margarita Monroy, ángel de la guarda en este asunto de tratar con jóvenes, me dio un consejo: lean el capítulo “Los hijos de la Malinche” en *El laberinto de la soledad*. Así se hizo. Invocamos el argumento de la autoridad y el peso de las reflexiones de Paz medio siglo después de que salieron a la luz pública.

La lectura se enriqueció. Pude felicitar a Mauricio Carrera por haber conseguido un notable éxito: provocar, con su escritura, una reacción en jóvenes lectores. No es poca cosa.

Bajo la cripta

Martín Mondragón Arriaga

Tagore
y Neruda

Dos universos equidistantes e infinitamente imposibles de reunir son las poéticas de Neruda y Tagore. Lo primero, porque el chileno fue nombrado poeta de América por sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*; el hindú, reconocido por sus maravillosos poemas en prosa y sus dramas poéticos, entre ellos, *El Jardinero*, *Lipika* o *Chitra*. Imposibles, porque el mundo para los hindúes es la suma de voluntades y de bondad divina; en cambio, para los occidentales, éste es un caos que genera soledad.

A pesar de eso, tienen lazos comunicantes. Los dos cantan al amor. Divinizan la figura femenina hasta hacerla etérea. La sacralidad de Neruda va en el sentido de la exuberación verbal; la de Tagore, viaja por el sistema tántrico. Mientras Pablo dibuja tiernamente el sortilegio del Amor en la palabra, Rabindranath ilumina la palabra de divino.

La posesión de ambos remite a la nostalgia del origen, el pasado oscuro y soterrado que lleva al alma por vericuetos anchos y débiles significados. Los dos juegan a tatuar el deseo de la fémica con pasión virginal, pues sus poéticas andan en la esencia de las olas del mar.

La diferencia: el chileno lanza pincladas andinas en el cuerpo de la mujer, míticos campos de amapolas en el sexo de ella, arrecifes y acantilados de nubes en los senos de Eros. El hindú trasmuta la mirada de la Mujer en diamante de Siva, brazos que se acrisolan en el soma védico, cuerpo traslúcido que se angosta ante el universo del Nirvana, sexo sin sexo que enarbola la hermandad con el cosmos.

El juego metafórico de ambos poetas es irracional, lúdica voluntad de fauno que embriaga cada verso. Sentido y significado de las palabras encajan en el espíritu de la humanidad. La relación semántica entre los versos, el ritmo y la sonorización no se entiende si no se mira las níveas voces de los andes o los feraces gritos míticos de la India.

Hay que rascar en el pasado de la humanidad. Desde la terquedad por explorar la ciencia, pasando por las cruentas guerra de Indra, el mito de Sísifo o el llanto de Quetzalcóatl, hasta el devenir del sueño y la soledad de los seres cósmicos. Todo un juego, toda una realidad en la tersa piel de Ella o en la necedad de la posesión, de asir el espíritu femenino. Juego irreverente en la soledad, desguindamiento sentimental del ser; sol, claridad.

Neruda supo unificar la idealidad del espíritu, somete la soledad con sus versos; Tagore hurgó entre los mitos y las divinidades, logró iluminar la bondad del Hombre. Dos poetas, un mito hialino: el espíritu femenino como imposible sortilegio ante la pasión de la carne.

Búsqueda de perfección;
movimiento y palabra

Martín Mondragón Arriaga

38 años, movimiento armado por el fuego; presencia metafísica de la palabra que transpira lucidez y agua. Once suman los años; Uno más Uno, número perfecto y ambiguo. Fusión de los seres. Unificación de la plástica y del significado. Unidad del espíritu, incansable culminación del fuego que sirve de manto al sentido del vocablo...

Lejos del arte figurativo, el cuadro de Orlando Silva Pulgar queda reducido a la línea y la curva. Los colores —amarillo, rosa, negro, verde pastel, un tenue blanco— juegan con la mirada párvula de los observadores, y un tenue movimiento traslaticio lleva al espectador hacia el vacío que trasmuta el tiempo pues el espacio de la tela brinca de la curva a la línea, de los colores claros a la oscuridad y de la circunferencia a la soledad del trazo.

Como la palabra, el significado del cuadro —ora brillante, ora claro, ora vacío— emula la capacidad racionista del hombre para trascender el tiempo y el espacio mediante la precisión de la palabra. De cerca, el cuadro parece una amalgama de sabores y, de lejos, una sinfonía de miradas.

El equilibrio dinámico que demuestra el cuadro va en varios sentidos: el movimiento giratorio de la composición plástica permite, al que lo mira, andar por círculos concéntricos; por curvas que se incrustan en los colores pastel; por líneas que se difuminan en el espacio infinito de la composición. No en vano, las palabras son unión de líneas y curvas. Formas gráficas ondulan como mar, gritan calladas como la luna.

Tal equilibrio dinámico inicia por la parte inferior derecha del rectángulo medio; la continua oposición de lo que parece un ojo de pato o la forma del ocaso representa la continuidad, el origen, unido al principio activo de la línea; los círculos paralelos, unidos por una línea imaginaria, simbolizan la inmortalidad. Es como el juego de las palabras; como la tribu tunAstral.

No en vano el cuadro está dividido por tres rectángulos, pues las máximas de la tribu son Amor, Palabra y Poesía. El accionar de estos tres vocablos son los culpables de la trascendencia en lo literario. Sustantivos ansiosos de anidar en las pupilas de los seres humanos.

Si se mira la composición plástica detenidamente, la parte inferior mostrará una cola de serpiente que se incrusta, abruptamente, en un

cuadrado distorsionado y otra cola trata unirse a la primera para corta la línea. La continuidad del sueño o el truco que difumina el cuadrado permite el equilibrio y la unidad. Pues entre este juego de alejamiento y tensión de la línea se encuentra la bondad de la luz.

A diferencia del cuadrado, que implica una dominación tensa y ansia abstracta de poder, el rectángulo es la figura más racional, regular forma geométrica que permite al hombre gustar de la vida o la muerte en sus puntos distantes y aproximados. Como la palabra, el rectángulo es inconcebible sin espacio.

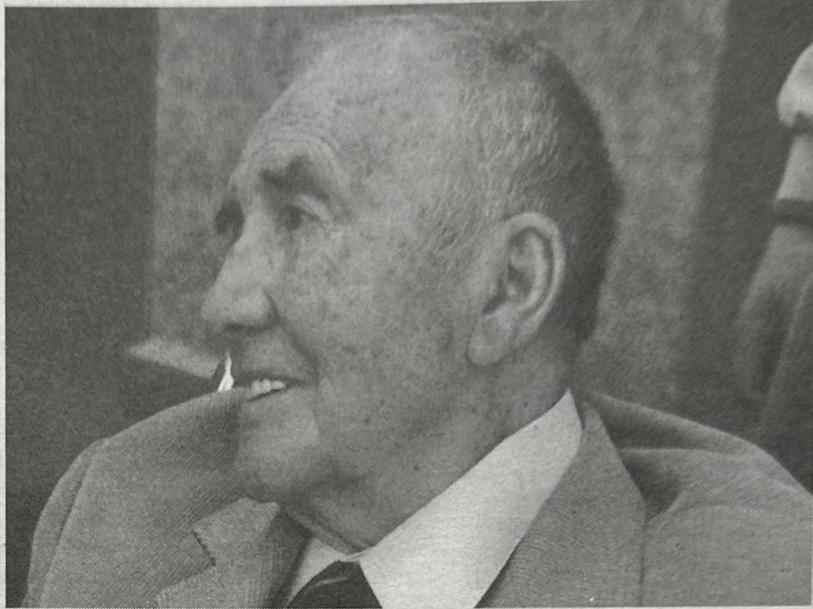
Por otro lado, si se observa con precisión de azor el cuadro S/N de Orlando Silva, se detendrá la mirada en la línea sigmoide que casi divide en dos al rectángulo medio; como el ying y el yang, Orlando trata de asir el movimiento de comunicación estable entre la forma y el pensamiento racional. Emulando la capacidad comunicante de los vocablos, el cuadro de Silva reúne colores telúricos —negro— y estables —claros— para conformar un macrocosmos órfico, donde la capacidad de abstracción del que mira tendrá que deconstruir la composición plástica para colocar los espacios negros y las líneas donde las curvas someten, a la distancia, el significado.

Por ello, el número uno, como principio activo, se fragmentará para originar multiplicidad de significados donde el punto es el origen, el punto que irradia la potencia suprema de los seres. La búsqueda de disolución con las palabras.

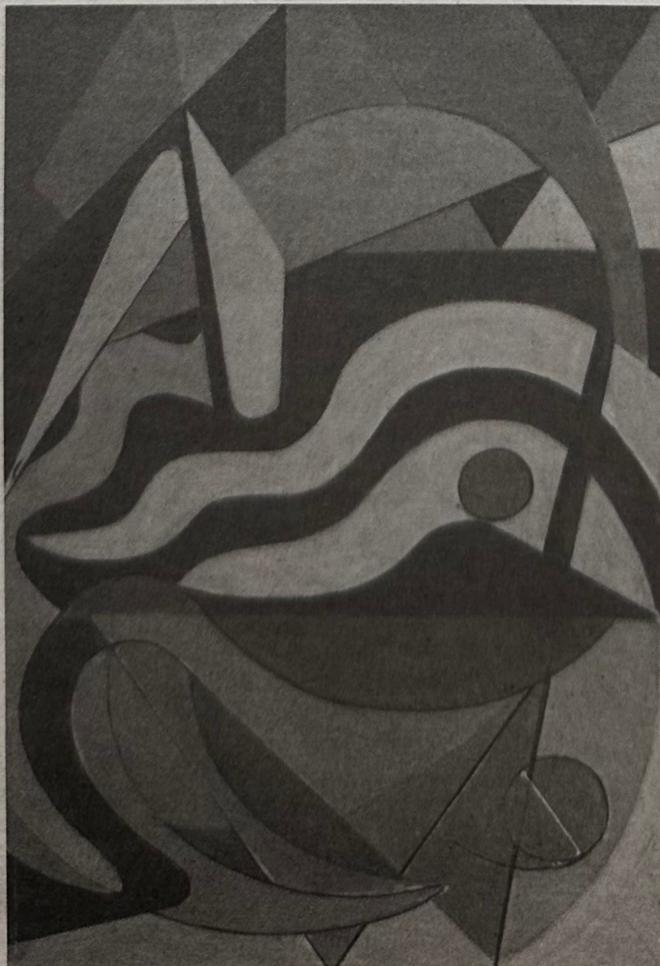
Amor es la palabra; poesía, la acción reza el lema de la tribu que, cuando inició afirmaba: *poesía es la palabra; amor es la acción*. Vertiginoso cambio de significado. Como el cuadro, donde el movimiento se observa desde los tres rectángulos que forman la composición plástica, al igual que las tres palabras que forjan el lema de la tribu —equidistante numerología iniciática—, converge con las posibilidades infinitas del pensar en la inmortalidad de la palabra.

Curvas y ondulaciones. Colores que florecen. Ambigüedad estética. Posibilidades infinitas de composición plástica adherida a la palabra, a la unidad espiritual. Palabras, poesía, base de la fusión de los seres. Capacidad de abstraer las líneas y dejarlas jugar con el espacio. Material cuya síntesis de movimientos llena el espacio pictórico.

38 años, unidad y conjunción. Movimiento telúrico. Conversación con el Yo. Diálogo con las fuerzas cósmicas, con los inmortales vaivenes del arte, con las lejanas páginas inmortales de la Poesía. Amor.



Orlando Silva Pulgar



tunAstral Panamá

Un año: 59 cafés

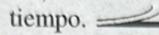
Fabiola García y A Fernández

Al iniciar los cafés de tunAstral en Panamá se habló que no debía sorprendernos; finalmente, "el culpable regresa al lugar del crimen", por decirlo de alguna manera. Seguramente, ha sorprendido a varios la celebración de este aniversario que representa actividades culturales semanales en Panamá por doce meses de manera consecutiva.

En junio pasado, celebramos un año de llevar a cabo los cafés literarios en Exedra Books y en el Hotel Coronado & Resort. Cincuenta y nueve cafés hablando de poesía, novela, ensayo, teatro, fotografía, pintura, danza, música. Hasta el momento con artistas radicados en Panamá, con excepción del jefe de la tribu; sin embargo, esperamos que pronto inicie un intercambio cultural y

principales temas en una noche que dejó claro que hay muchas voces y plumas ávidas de ser descubiertas.

El desfile de artistas del cual tunAstral Panamá ha sido testigo permite recordar, rescatar, reconocer a los artistas nacionales, y responde a la necesidad por un espacio para ser escuchados, para escuchar, aprender y recordar; mientras logremos llenar ese espacio para alguien, seguirá adelante.

Esperamos que este tipo de actividades no sean algo pasajero, ni esfuerzos aislados. Dicen que la cultura está de moda, sinceramente esperamos que nunca pase de moda y, más que una ola, sea un volcán en erupción que se mantenga activo mucho tiempo. 

Los efectos de la tribu

Salvador Medina Barahona

Con ese mismo aire de irreverencia... ¡no!, suavicémoslo, de desenfadado que se percibe en la definición de tunAstral, con ese mismo aire, los amigos de dicho colectivo tendieron sus tentáculos de unidad desde el monstruo cultural que es Méjico. Lo hicieron a través de un poeta. La irreverencia fue doble, pues: El poeta exportó su sueño. La tribu, la de acá, a cientos de kilómetros, importó su realidad. Roberto Fernández Iglesias debe sentirse feliz consigo mismo, debe estar felicitándose a gritos porque ha dado un paso exitoso como panameño: Hacerse un hombre universal y no olvidarse en ello de sus orígenes. Más aún, cumplir con su misión de vida: que la poesía me lleve, pero que me retorne.

Roberto ha sido llevado y retornado. Su compromiso con el arte y la literatura no ha sido excluyente, individualista, egocéntrico. Al menos eso me dicen los afanes que tunAstral Panamá, bajo su orientación, ha venido quemando en beneficio de las letras y las artes nacionales. No le conozco al momento de escribir estas líneas, no sé cómo piensa, cómo se expresa, cómo duerme con la poesía. Lo único que conozco es una extensión de sí en el afortunado grupo de líderes que como Fabiola García y Reina Alonso, entre otros, han traído la unidad, el deleite y el fortalecimiento de nuestra identidad creativa. Con eso es suficiente para sonarle nuestras gracias y anclarle nuestro apoyo.

Hacer literatura, arte, en cualquier lugar del mundo, sin excepción, es una irreverencia, un nado a contracorriente (¡nada nuevo!). Compartirlos ha sido, al menos en la experiencia local, un simulacro. Hoy, gracias a un número importante de difusores culturales, las cosas han cambiado, marchan hacia delante, no hacia atrás, como el cangrejo o la jaiba con sus navajas de muerte. tunAstral, entre ellos, a un año de gestión, a un año de proyecto onírico, ha aterrizado de forma equilibrada, elegante, amena, varia, no pocas veces innovadora.

Poetas, narradores, cuentistas, ensayistas, dramaturgos, actores, músicos, pintores... de todas las épocas y tendencias, han convivido humanamente con un público sensible, ilustrado, ansioso, interactuante y, sobre todo, fiel. La metáfora de la tribu no ha sido gratuita en el intento de definir lo indefinible, lo que no puede llamarse simplemente café literario, tertulia, o espacio para el deleite. La tribu es algo más que eso: Es el sentido de unidad, la fuerza que nace del encuentro, el paso a una nueva forma de conocernos y entendernos.

¡Gracias, tunAstral! ¡Salud! 

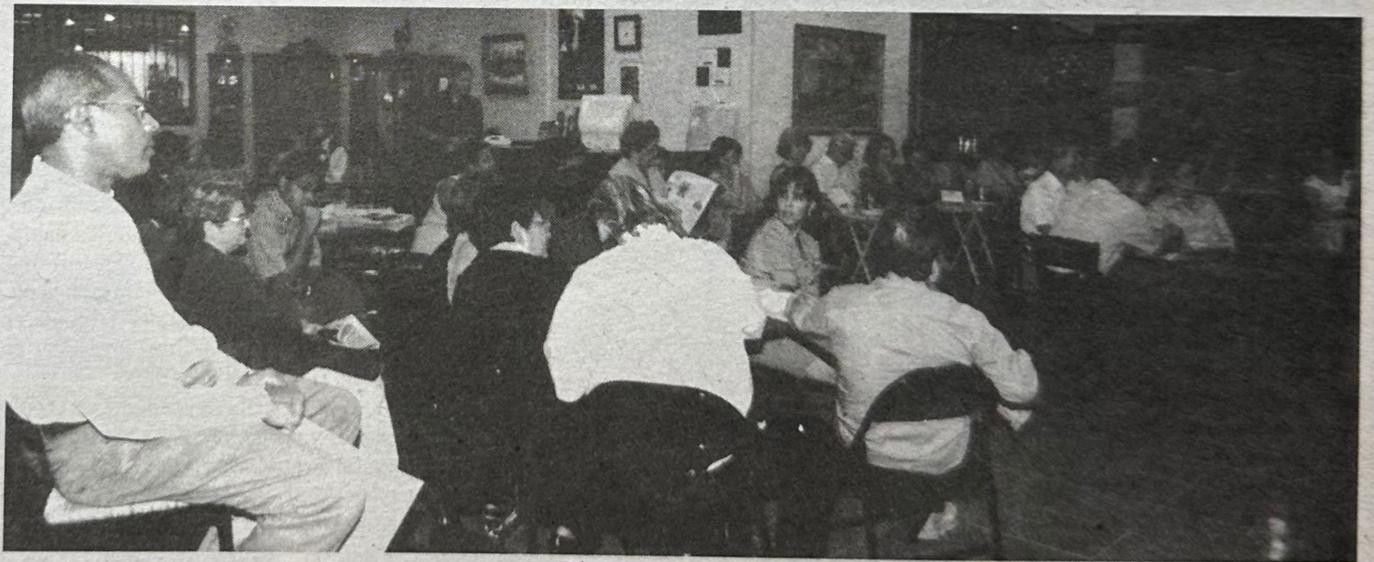
Lleno completo

con ello prospere el plan Toluca-Panamá, como nos bautizó Sánchez Arteché cuando dimos la buena nueva.

tunAstral Panamá ha sido un elemento de integración de los esfuerzos y la guía de otras instituciones y personalidades interesadas en el movimiento cultural, los cuales han formado una red de apoyo a favor de los cafés y nos han dado guía, apoyo e incluso amistad.

Como parte de la celebración de este aniversario, se realizó una semana continua de actividades culturales, desde el lunes, con el Café Literario que contó con la asistencia de Roberto Fernández Iglesias (en gran parte culpable de estas actividades), hasta el viernes en Coronado, destacando que se hicieron actividades en la Universidad de Panamá, Biblioteca Nacional y Universidad Santa María la Antigua, por primera vez para tunAstral Panamá.

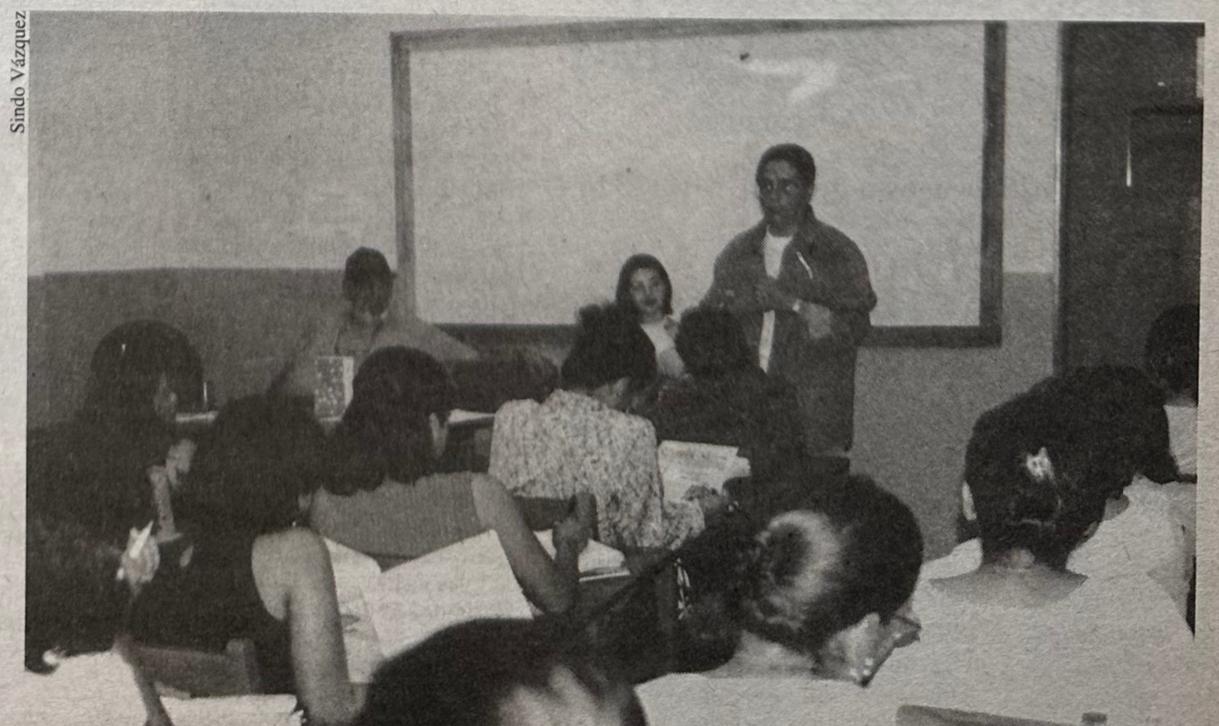
Para cerrar el mes de aniversario quisimos regresar al origen de tunAstral y rescatar la tradición del *Si-me-lees-te-leo* el cual tuvo mucha aceptación; se leyó mucho y se habló poco. Esperamos que la próxima vez tengamos más confianza y se intercambien comentarios. Cuento, poesía y ensayo fueron los



Público de Exedra Books



Fabiola García, Fernández Iglesias y Jaime Ingram



Margarita Monroy en la Universidad de Panamá

Sindo Vázquez

Atardecer en Cuernavaca

Ricardo Garibay en su estudio

Luis Bernardo Pérez

En Cuernavaca, al final de una sinuosa callecita empedrada, está la casa que habitó Ricardo Garibay desde principios de los ochenta y hasta su muerte, acaecida en mayo de 1999 cuando contaba con 76 años. Un portón blanco da paso a un jardín casi selvático en medio de cuyo verdor destaca el rojo violáceo de la buganvilia y el azul añil de lo que parece una glicina. Entre el ramaje se escucha el ir y venir de atareados pájaros y, en un segundo plano, el correr del agua.

Para llegar al estudio hay que subir un pequeño tramo de escalera que conduce hasta una puerta corrediza con mosquitero. Al traspasar el umbral, el visitante debe esperar unos segundos para acostumbrarse a la penumbra que reina en el interior y que, al principio, impide distinguir con claridad los objetos. Poco a poco, comienzan a destacarse algunas formas: una mesa de billar cubierta con una lona, dos escritorios, algunos sillones y numerosos libreros en los que se alinean, en perfecto orden, volúmenes empastados al lado de sencillas ediciones de bolsillo. Más que lujoso, el lugar resulta confortable y fresco.

liars le traían del extranjero. Al parecer, le fascinaba el rasgueo que produce la pluma fuente al deslizarse sobre esas hojas de textura variable. Hoy, dicho papel permanece guardado en algún cajón y las plumas descansan inútiles sobre su mesa de trabajo.

La única persona que frecuenta el silencioso estudio es María, una de las hijas del escritor, quien se ha echado a cuestras la monumental tarea de ordenar la ingente documentación de su padre, transcribir las grabaciones de conferencias y programas radiofónicos, y atender a editores, periodistas, investigadores y demás personas que llegan hasta la casa para averiguar más sobre la vida y la obra del autor de *Beber un cáliz*, *Tatb* y *Triste domingo*.

El itinerario de los últimos tiempos de Ricardo Garibay comienza necesariamente en este estudio. Aquí se desarrolló su cotidiano bregar con las palabras, ese lento y fatigoso esfuerzo que se requiere para lograr que las historias broten, crezcan y encuentren su verdad. Aquí también practicaba esa forma laica de comunión que es la lectura y que, en su caso, fue una pasión irrenunciable. Entre estas paredes charló interminablemente con

los pocos amigos que, pese a los altibajos de la existencia y a las aristas de su personalidad, supieron serle fieles hasta el final.

Es cierto que hubo una época en la cual el estudio de Ricardo fue centro de reunión de novelistas, poetas, dramaturgos, pintores y filósofos. Por lo menos una vez a la semana, aquí se compartió el vino —siempre tinto— y la plática —siempre inteligente—; también se discutía, con exaltado vigor, sobre sucesos de actualidad, sobre la situación del país, sobre arte y literatura. Sin embargo, durante los meses que precedieron a su muerte, Garibay sólo toleró la presencia de su familia y de sus amigos más cercanos. Con ellos también hablaba de casi todo. Los únicos temas tabú eran la política (la cual lo ponía de

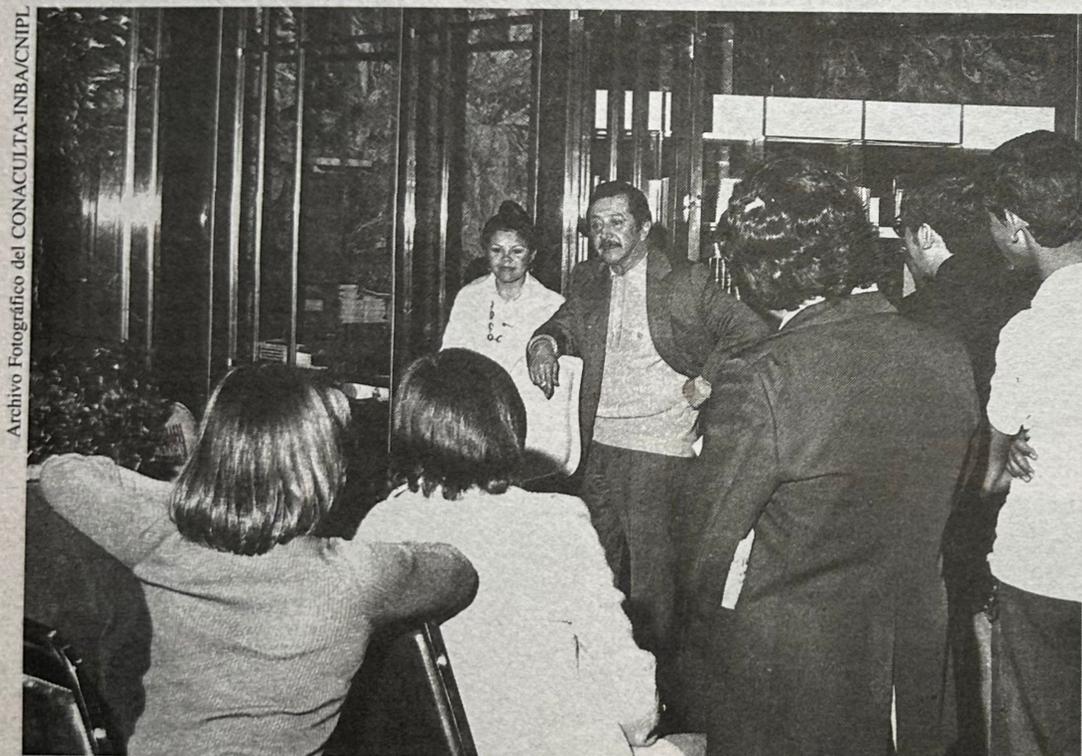
mal humor), y de cine mexicano (porque le hacía recordar su amargo tránsito por la industria filmica nacional).

Estas visitas transcurrían de manera apacible, en medio de largos silencios, evocaciones y nostalgias. De vez en cuando, sin embargo, alguna afirmación en apariencia banal despertaba al polemista, al guerrero que años atrás se batió con vehemencia y en ocasiones con acritud en los más diversos escenarios y que le ganaron la fama de ser una persona difícil (e incluso grosera). No obstante, el Ricardo de los últimos tiempos se había vuelto más tolerante y comprensivo, por lo que tales exabruptos se disolvían casi de inmediato en el aire tibio de aquellos días posteriores.

Además de su familia y de esos pocos amigos, también llegaban hasta el estudio de Cuernavaca numerosos jóvenes. Algunos eran reporteros recién salidos de la carrera de comunicación que, grabadora en mano, insistían en entrevistar al maestro. Otras veces se trataba de estudiantes de letras con una ilegible tesis bajo el brazo o de noveles escritores con un cuento o un poema recién pergeñado. Tales visitas acaso halagaran la vanidad de Ricardo y lo hicieran olvidarse, al menos durante unas horas, del cáncer que avanzaba implacable y que lo iba disminuyendo físicamente. Aunque no siempre estuviera de humor y, pese a su carácter huraño,



Garibay piensa la respuesta



Garibay habla

Figuritas de animales provenientes de toda la república presiden el estudio y, sobre las paredes, algunas fotografías preservan instantes robados al tiempo. Hay, asimismo, una computadora, la cual nunca utilizó Ricardo, pues se sabe que él prefería escribir a mano sobre diversos tipos de papel que amigos y fami-

intentaba que los encuentros con las nuevas generaciones (a las que —según dijo alguna vez— no lograba comprender) resultaran memorables.

Uno de estos jóvenes llegó un día hasta su estudio procedente de Guadalajara con el manuscrito de su primera novela. Deseaba pedirle al escritor una carta de recomendación que facilitara su acercamiento con los editores. Garibay tomó el manuscrito del joven y leyó la primera página con su voz profunda y bien modulada. Luego, sin decir nada, fue hasta los libreros y sacó *Las cuevas del Vaticano*, de André Gide, y *Eugenia Grandet*, de Balzac. “Tome esto, léalo y reléalo”, le ordenó al muchacho. “Es la única carta de recomendación que puedo darle”.

Las más de las veces, Ricardo permanecía solo en su estudio, apartado del mundo durante muchas horas, luchando contra sus demonios interiores, escuchando música o entregado en cuerpo y alma a las dos actividades alrededor de las cuales giró su existencia: escribir y leer. Su jornada no era, ciertamente, tan intensa como lo había sido años atrás. Los estragos de la enfermedad lo obligaron a reducir progresivamente el ritmo de trabajo. Pese a ello, nunca estuvo dispuesto a renunciar a su labor creativa ni al encuentro cotidiano con los libros que alimentaron

y dieron sentido a su vida y su obra. Escritura y lectura, acciones paralelas y complementarias, ejercicios de la inteligencia y la sensibilidad que sintetizaban su razón de ser —aunque, por supuesto, no la agotaban— y que, como él mismo lo expresó, representaron la búsqueda “de algún misterio en la realidad; la imaginación como empeño, el más verdadero del alma, como su liberación de la tiranía de los días”.

Por cierto que, más de una vez, al hacer referencia a su obra, Garibay confesó a sus allegados el pesar que sentía por no haber podido escribir la obra maestra: el “gran libro” con el que soñaba de manera obsesiva y que, según él, le permitiría dar cabal cumplimiento a la búsqueda iniciada a los 17 años, cuando tomó el camino de la literatura. Ello no significa, sin



Garibay según Luis Bernardo Pérez



Cafés Literarios
Tu Astral - UAEM

Unidad Académica
Profesional
Atlacomulco

Atlacomulco

miércoles 28 de agosto de 2002 18:00 hrs.

Máscaras
para dos desconocidos

de Francisco Garzón Céspedes (teatro)

Grupo Drao/UAEM

Actores: Sandra Tourlay (Ella) y José Luis Falcón Arce (Él)
Dirección: Víctor Nava Marín; música: Marcos Bastida;
escenografía: Ángel Mejía Carmona;
apoyo técnico: Óscar Ríos y Pablo Chang

Moderadora: Margarita Monroy Herrera

Auditorio de la Unidad Académica Profesional
Atlacomulco UAEM
Domicilio conocido
San Francisco Chalchihuapan
Atlacomulco, Estado de México

entrada libre

embargo, que estuviera decepcionado de sus casi 50 libros publicados. Cada uno de ellos lo enorgullecía, pues era resultado de una entrega apasionada al oficio que, con paciencia, gozo y sacrificio, fue perfeccionando durante décadas. Sin embargo, el inconformismo que lo habitaba y que constituyó uno de los principales rasgos de su carácter, lo empujaba a seguir deseando esa obra maestra.

Su enfermedad implicó, en este sentido, un doble motivo de amargura, pues no solamente representaba para él la inminente culminación de su existencia, sino también la imposibilidad de crear esta obra perfecta que reflejara, al fin y sin ninguna duda, la entraña humana y las razones de su actuar. "Cuánto daría por dejar en cada renglón escrito, de veras, lo que mis ojos ven, lo que oyen mis ojas. Cada palabra es una abstracción, y todas y cada una de las cosas del mundo son la concreción total. Ése es el problema".

Conocedor de la grandeza y de las miserias que habitan en el corazón del hombre, sus últimos libros no cesaron en el intento de comprender la condición humana en lo que ésta tiene de paradójica y contradictoria. En su opinión, el arte no podía ser auténticamente bello si renunciaba a ser verdadero, si no era capaz de reflejar tanto las luces como las sombras del alma. Así, lejos de cualquier esteticismo hueco, y de toda impostura o frivolidad, su literatura buscó siempre llegar al fondo de las cosas para entregarnos, mediante una prosa directa y carente de ornamentos inútiles (aunque no por ello ajena al lirismo, a la poesía) los múltiples rostros de la realidad en la que viven, aman y mueren los individuos. Esta exploración abarca, sobre todo en sus años finales, a su propia persona. Libros como *El joven aquel...* y *Cómo se gana la vida*, constituyen no sólo nostálgicas evocaciones de su pasado, sino también confesiones personales que, a fuerza de sinceridad, se convierten en ajustes de cuentas consigo mismo.

Respecto a sus lecturas, poseemos un testimonio elocuente de las aficiones y fobias que manifestó Ricardo en sus últimos años gracias a los libros en los que consigna su acercamiento a obras y autores. "Te entregas a leer —afirmó— porque ya casi no sabes hacer otra cosa, y vas cazando, acá y allá, los momentos de mucha felicidad donde el idioma de los autores abre para la intelección el misterio de la vida". Y así era, en efecto: una frase descubierta al azar, una imagen afortunada que brillaba con luz propia al dar vuelta a la página, una metáfora insólita. Todo ello se convertía en motivo de asombro y júbilo, o bien daba lugar a enriquecedores comentarios sobre el mundo y la literatura.

Y entre estas lecturas quizá ninguna caló más hondo en el ánimo de Ricardo no lo exaltó tanto como *El cantar de los canta-*

Archivo Fotográfico del CONACULTA • INBA/CNIPL



Garibay >>>>>

res, cuyos versos conocía de memoria y que dieron lugar a numerosas reflexiones. Su aproximación a este poema de la *Biblia*, el cual se atribuyó en otro tiempo a Salomón, no fue la del filólogo ni la del teólogo, sino la del escritor que se deja embriagar por la belleza del texto y lo explora con emoción y lucidez en un esfuerzo por desentrañar su significado profundo. Garibay compartió los resultados de su búsqueda —la cual se inclina hacia una perspectiva erótica y terrenal, en contraste con la clásica interpretación mística y ultraterrena— en programas de radio y televisión, en conferencias, artículos y seminarios. Puede considerarse al *Cantar* como una de las últimas grandes pasiones de su vida. Algunos recuerdan, por ejemplo, que pocos días antes de su muerte,

Ricardo seguía asistiendo al taller que impartía sobre el tema en silla de ruedas.

Declina el día en Cuernavaca. Antes de ocultarse, el sol tiñe las nubes de un rojo intensísimo e inunda el jardín con un resplandor crepuscular. El rumor de los pájaros disminuye de manera gradual y pronto es sustituido por el canto de las cigarras. Las sombras invaden el estudio del escritor. Los libros, los muebles, los retratos; todo parece petrificarse, sumirse en una quietud aún más honda que aquella que se advierte durante el día. Sin embargo, el pulso secreto de la literatura no se interrumpe, palpita en sus páginas y se renueva cada vez que alguien, en algún lugar, lee a Ricardo Garibay.

Archivo Fotográfico del CONACULTA • INBA/CNIPL



Garibay escucha

Edil de Toluca clausuró cursos de verano municipales



Juan Carlos Núñez Armas clausuró curso de verano

El presidente municipal de Toluca, Juan Carlos Núñez Armas, clausuró el curso de verano Mis Vacaciones en la Biblioteca organizado por la Subdirección de Promoción Social en los 15 centros de consulta municipales con la participación de 964 niños entre tres y doce años de edad.

El edil agradeció a los padres de familia la confianza depositada en la administración municipal para hacer que sus hijos les nazca el amor por asistir a los centros de lectura.

"Queremos heredarles un mejor futuro, que cada uno de ustedes tenga más oportunidades de crecer, desarrollarse, además de aprender habilidades artísticas y culturales", afirmó Núñez Armas.

En dichos cursos, los participantes escucharon leyendas locales y regionales, conocieron sobre la cultura y tradiciones toluqueñas así como se estimuló su imaginación mediante la lectura.

Las delegaciones y sectores que participaron en los cursos fueron San Andrés Cuexcontitlán, San Antonio Buenavista, San Pablo Autopan, El Seminario, La Mora, Santa María Totoltepec, Tlacheloya, San Martín Totoltepec, Independencia, San Lorenzo Tepaltitlán, Calixtlahuaca, Capultitlán y la biblioteca central José María Heredia.

H. Ayuntamiento de Toluca



Alrededor de las historias cotidianas

Dionicio Munguía J.

Se puede esperar casi todo de la vida cotidiana: sucesos no tan extraños, experiencias, situaciones extraordinarias o simplezas que rayan en la vulgaridad. La ciudad, como ente viviente, tiene este tipo de historias en sus calles. Cualquiera esquina puede mostrar un encuentro inesperado, una muerte o una Lolita despertando a la sensualidad.

El taller de Creación Dramática impartido por Hugo Salcedo, quien pertenece al Sistema Nacional de Creadores, dentro del Programa Creadores en los Estados de CONACULTA, con la participación de la Universidad Autónoma del Estado de México y el Instituto Mexiquense de Cultura, tuvo como actividad final la representación de cuatro ejercicios teatrales escritos y dirigidos por los participantes.

Historias del jardín botánico, como lo expresa Hugo Salcedo, "intentan dar lugar para la ficción dramática a un sitio ya emblemático de esta ciudad; antiguo mercado popular y transformado a partir de 1980 en bello jardín (...) Los alumnos han visitado con renovados ojos este sitio, han tomado apunte, han elaborado cuidadosamente sus propuestas; en ellas hay reflexión trascendente, ironía, reconocimiento de lamentables intimidades, sarcasmo y humor ácido e implacable".

La puesta en escena inicia mostrando a los personajes de las historias cruzando el escenario, con la intención de que las historias tomen sentido entre los senderos del jardín. *El encuentro*, escrito por Sandra García Mendoza, dirigido por Ignacio Díaz Gómez, con la actuación de Ignacio Díaz Gómez, Alejandro Cabello Díaz y Sandra García Mendoza, muestra las pasiones provocadas por una complicidad que

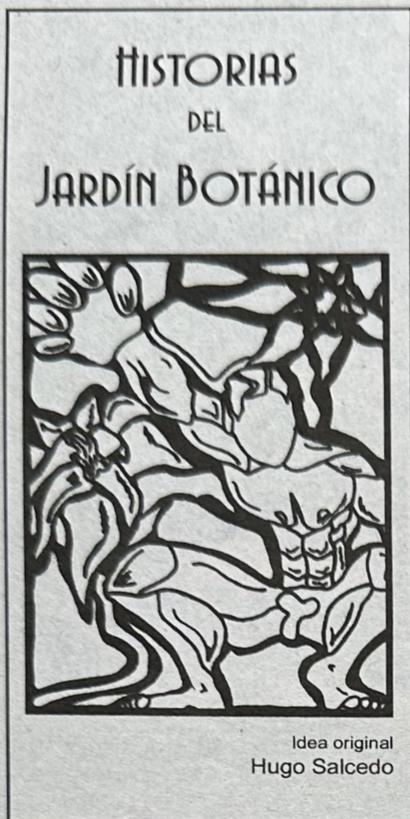
lleva a la destrucción de un matrimonio, el engaño y las consecuencias en la vida de dos hermanos mezclados, por dinero, en la corrupción. A pesar de mantener el ritmo, la propuesta de Sandra García Mendoza cae en lo común, sin proponer una visión diferente de cuanto las telenovelas muestran todas las tardes en la televisión.

Ya es tarde, escrita por Ignacio Díaz Gómez, dirigida por Juan Carlos Embriz Gonzaga, con las actuaciones de Edna Yadira Tovar Muñoz, Roberto de la Mora Bueno y Erasmo Pedroza Mondragón, es la nostalgia, la melancolía y el reencuentro de dos mundos distintos y unidos al mismo tiempo; alejados por la distancia y los años y reunidos por la casualidad del encuentro, por la fatalidad de la vida. La actuación de Edna Tovar y Roberto de la Mora sobresale a pesar de la historia misma, de la sencillez que intenta mostrar con tintes de profundidad. Si la historia hubiera tomado un cariz menos reflexivo y más hacia la comedia, el ejercicio hubiera tenido un mejor destino.

De los ejercicios presentados el menos afortunado fue *Comida exótica*, escrito por Esperanza Tapia Díaz, dirigido por Adalberto Téllez Gutiérrez, con la actuación de Olivia Ruiz, Juan Carlos Embriz e Ignacio Díaz Gómez. La idea central como tal tendía hacia una solución menos fatalista. Un aniversario banal (dos meses de noviazgo), personajes que brotan de lo común, de los jóvenes que vemos todos los días en la calle, una petición extraña y al mismo tiempo excitante; pero que termina en melodrama barato, más que simple, como si la autora no quisiera aventurarse más allá de lo normal. Las actuaciones de Olivia y Juan Carlos sobresalen.

Los 15 de la zorra es, definitivamente, lo mejor de los cuatro ejercicios. Escrito por Juan Carlos Embriz Gonzaga, dirigido por Alejandro Cabello Díaz, con la actuación de Esperanza Tapia Díaz, Paola Hernández Nolasco, Sandra García Mendoza y Adalberto Téllez Gutiérrez, muestra el despertar a la sensualidad de una quinceañera a manos de su padrino y con la complicidad de la infaltable amiga. La trama se desarrolla durante la sesión de fotografía, algo muy común de ver, y la espera, impaciente y nerviosa de la quinceañera. Comedia y reflexión, astucia y malicia. Todo se conjunta para mostrarnos el lado desagradable y al mismo tiempo posible del despertar sexual. La actuación de Esperanza Tapia es impresionante. Hace creer en el personaje, en su impaciencia y deseo, en la "zorras" como expresa la amiga interpretada, también de buena forma, por Paola Hernández. Adalberto Téllez muestra su madurez actoral representando a un hombre maduro e inconsciente, buscador de placeres un tanto prohibidos que, por lo mismo, son más intensos. Nada hay que se escape en la trama, ni siquiera la buena actuación de Sandra García como la madre tonta y sin visión que busca sólo el status social, que vive en el qué dirán y en la inconformidad de los días, frustración en una palabra.

El trabajo reconocido de Hugo Salcedo (por algo fue incluido en el Sistema Nacional de Creadores), su capacidad de enseñanza, ha dejado en los actores locales un trabajo más profesional, con mayores elementos. El trabajo coordinado de la Universidad Autónoma del Estado de México y el Instituto Mexiquense de Cultura dieron frutos, mostraron la capacidad dramática y actoral de quienes han hecho del teatro su mejor manera de expresión. Este Taller de Creación Dramática, dentro del Programa de Creadores en los Estados, ha apuntalado el trabajo de actores e instado a la creación de textos dramáticos, como lo muestra *Historias del jardín botánico*. Con altibajos, provocados por la premura y el poco tiempo que se tuvo, estos ejercicios bien pueden ser futuras puestas en escena o el germen para otros textos que pronto pudiéramos ver representados en los distintos foros de la ciudad de Toluca.



Idea original
Hugo Salcedo

Museo Universitario Leopoldo Flores

Con el fin primordial de exhibir la obra del pintor mexiquense Leopoldo Flores, el pasado 13 de marzo del 2002 se inauguró, en el Cerro de Coatepec, en Ciudad Universitaria de la UAEM, el Museo Universitario que lleva el nombre de tan distinguido artista plástico.

Con la presencia de Reyes Tamez Guerra, secretario de Educación Pública, acompañado por Arturo Montiel Rojas, gobernador del Estado de México y Rafael López Castañares, rector de la Universidad Autónoma del Estado de México, se hizo entrega de este espacio a la comunidad universitaria y a la sociedad mexiquense.

El Museo Universitario Leopoldo Flores (MULF) fue creado para albergar 378 obras, entre pintura y dibujo, donadas por Leopoldo Flores, además de constituir un taller de experimentación artística y ser un espacio de apertura a las más diversas expresiones de la cultura contemporánea.

Este museo está conformado por una sala de exposiciones permanentes, donde se exhiben cinco series: *Cristos*, *El minotauro*, *Homenaje a Delacroix*, *Café y tinta* y *Aratmósfera*. Una sala de exposiciones temporales donde se exhibe en este momento *Los mares* de Leopoldo Flores, así como un centro de documentación donde se concentra la información referente a la vida y obra de Leopoldo Flores: fotografías, documentos, bibliografía e información hemerográfica del artista y sus contemporáneos.

Dentro de las instalaciones del MULF se lleva a cabo la puesta en escena del espectáculo tea-

tral *El mito del Minotauro*, basada en textos de Ovidio, Ángel Ma. Garibay Kintana, Jorge Luis Borges, André Gide, Walter Riso, Emilio Carballido, Adela Palacios y Silvia Núñez Pérez, escrita y dirigida por Clementina Guadarrama.

El objetivo del MULF fue realizar un museo viviente, opuesto a las actitudes estáticas de los museos tradicionales, donde se exhiba la obra de Leopoldo Flores y de otros artistas, y se puedan realizar manifestaciones culturales más allá de las artes plásticas.

El diseño arquitectónico, desde su morfología hasta los materiales seleccionados, obedece a las fuertes condicionantes de la topografía del sitio, el breve tiempo en que debería ser construido (cinco meses) y las grandes dimensiones de algunas obras plásticas a exhibir. Por otra parte, brinda a los discapacitados la posibilidad de visitar todas las salas, gracias a un sistema de rampas que conducen de un nivel a otro.

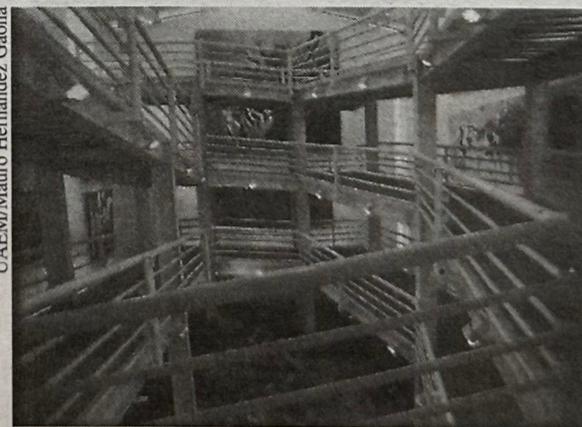
El edificio busca continuar la polémica causada por Leopoldo Flores cuando decidió pintar las rocas exteriores del Cerro de Coatepec en un gesto que actualmente se conoce como *land art*. En lugar de concebir el museo como un contenedor cerrado al entorno, se buscó ligarlo a otras obras plásticas exteriores: las rocas y las gradas del estadio universitario.

De los cuatro edificios que integran el conjunto, el más llamativo es "El laberinto", área de exhibición en espiral descendente, que tiene como centro *El minotauro*, realizado en acrílico sobre roca.

Leopoldo Flores expresó que el museo funcionará como un espacio de arte experimental, porque se mostrarán las artes plásticas y otras expresiones artísticas como danza, teatro, literatura, música y tendrá como característica la innovación en la presentación de las artes: "Soy un artista innovador y seguiré creando. Me considero en una etapa nueva como artista, y la apertura del museo es parte de esta nueva faceta".

El MULF cuenta, además, con un taller abierto donde los visitantes podrán observar el inicio, intermedio y conclusión de las obras del artista plástico mexiquense.

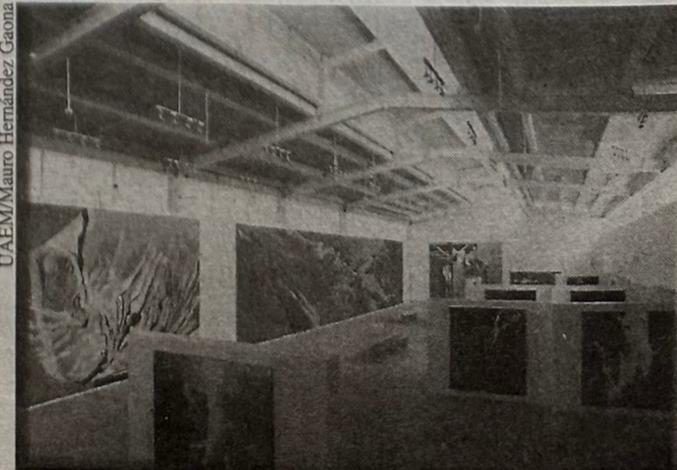
El Museo Universitario Leopoldo Flores tiene un horario de 10:00 a 18:00 horas, de miércoles a lunes, con un costo de admisión general de \$20.00, alumnos y profesores universitarios \$10.00. Los jueves entrada libre.



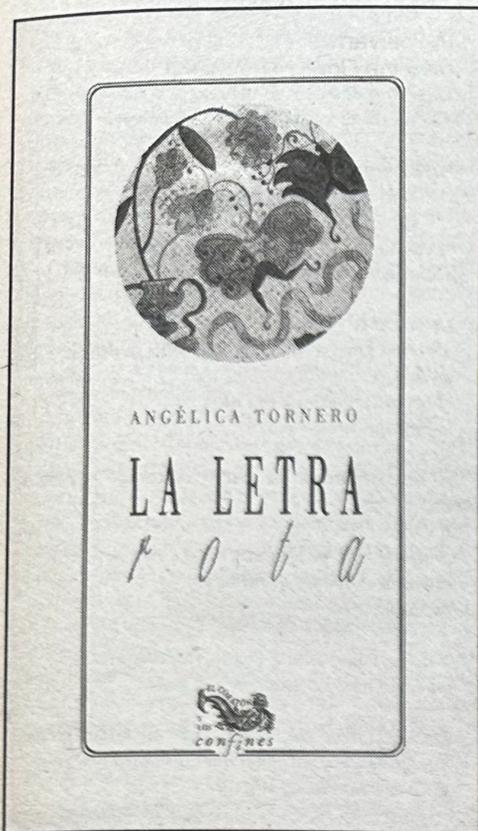
UAEM/Mauro Hernández Gaona



UAEM/Mauro Hernández Gaona



UAEM/Mauro Hernández Gaona



De lo disperso a la reunión

Martín Mondragón Arriaga

Umbral del siglo XXI. Posibilidades infinitas de interpretar, de forjar el significado y la significación; de someter, con el paso de los años, el quehacer literario, la polivalencia de la poesía, y, ayudado del silencio y sus voces, construir la poética del siglo pasado.

Histrionica tarea, parteaguas inaudito del ser humano que cimentó su evolución en el experimento, en la osadía, en la búsqueda del abismo; pero también en el horror, en la guerra, la sin razón. Dictaduras que acallaron la voz de poetas y artistas, genocidios que trataron de extinguir naciones, bombas que abrieron llagas, pero no detuvieron a la poesía, tampoco sometieron el alarido del espíritu, el vuelo azor del pensamiento.

Quizá, el siglo XX fue el periodo más prolijo en formas de pensamiento, teorías, leyes, normas, costumbres; desde la rebatanga impresionista, pasando por el formalismo, el estructuralismo, el psicoanálisis, la semiótica, la sociocrítica, la dialéctica, el dialogismo hasta los nombres de Bajtín, Eco, Nabokov, los estudios literarios han generado verdaderas obras de arte interpretativas. Sólo basta mencionar a Azorín, Ortega y Gasset o el propio Nabokov. El ensayo y los estudios formales son las panoplias de todo el siglo XX.

Angélica Tornero no se aleja de esta postura ante el devenir cósmico y literario. Conocedora de las teorías literarias, se atreve, fragmentariamente, a cruzar el álgido río de conceptos y teorías para introducir a los pocos lectores que su libro *La letra rota* tendrá. Pocos, porque el texto sólo es para unos cuantos conocedores de las teorías literarias y textos que aparecen comentados, disertados, analizados; muchos, porque la escritura da la posibilidad de la duda, a través de la investigación y los argumentos acertados.

El libro de Angélica Tornero está estructurado por tres apartados: *Presunciones*, *Estro* y *Vario*. En ellos, la a veces ensayista, a veces teórica a ultranza, a veces crítica y, las más, lúcida lectora, conduce al lector por el valor de la palabra y el producto literario.

En *Presunciones* —que bien puede no ser leído— hace un recorrido vertiginoso por las teorías poéticas y estéticas concebidas para el estudio del fenómeno literario; desde los formalistas, pasando por Derrida, Bajtín hasta Eco, el lector se entera de los pormenores teóricos que han querido explicar, científicamente, la literatura. La aventura inicia con disertaciones que caen en la angustiante pregunta del siglo XX: ¿El análisis literario es un sustento verdadero o sólo una interpretación subjetiva y libertina?

La respuesta: depende del genio y la capacidad lectora de quien analiza. Lo cual demuestra que ni la teoría literaria ni la reflexión y análisis del quehacer poético es para cualquier perro; pero tampoco el crítico literario nace de la noche a la mañana, pues hacer crítica literaria es tan fatigante como pensar un verso.

La autora afirma: "Si la literatura establece la supremacía en la conversión del mundo en lenguaje, el crítico entonces debería prescindir de la dictadura de un método" (p. 16); más no de una metodología. Leer e interpretar la poesía y el quehacer literario dependen de las posibilidades intuitivas del ser, primero, y, segundo, de la inteligencia para incrustar, en el momento justo, los conceptos en la interpretación del texto, y, más allá, demostrar que son capaces —las interpretaciones— de abrir nuevas relaciones literarias para fortalecer el acto de la reflexión —elementos éstos, reflexión e interpretación, del ensayo— y comprender cómo y por qué el desarrollo del espíritu del hombre se sustenta en la capacidad cognoscente-intuitiva, a través de la palabra.

Por ello, agrega Angélica Tornero, en el segundo texto de este apartado, una lúcida relación de las influencias ideológico-literarias que la poesía mexicana tuvo a lo largo del siglo XX, porque la ruptura, la interpretación, "lo individual, lo concreto, los temas del mundo exterior o del interior, no serán ya motivo, ahora el motivo es la crítica del propio ser y hacer del poema" (p. 35).

A pesar de lo anterior, lo interesante del texto inicia en el segundo apartado; *Estro*. Construido por varios estudios literarios, con cariz ensayístico, las propuestas de lectura de Tornero convocan al conocimiento y a la reflexión. Por ejemplo, la poesía de Gorostiza es vista como el *delirio poético razonado*; la de Pellicer —cuyo análisis es brevísimo— indica cómo el manejo del tiempo poético —no aclara tal concepto la autora— y en fuga constante, se adhiere a la exuberancia de natura y a un tono romántico imbuido en el centro mismo del lenguaje.

Colige la autora, con respecto a Gorostiza: "En *Muerte sin fin* no se habla sobre la muerte, la muerte es un acto de escritura, una simulación eminente de la muerte vivencial; se convierte en un acto ausente de pretensiones teleológicas, aspecto más moral que estético" (p. 47); y, más adelante: "*Muerte sin fin* no es un sistema filosófico, una metafísica, una construcción conceptual del tema de la muerte: el propio poema es un delirio poético razonado" (p. 46).

Tornero afirma sobre el poeta de *Hora de junio*: "Pellicer conforma su noción desde dos perspectivas: la primera se aproxima al concepto heracliteano, en forma circular; en la segunda prevalece la idea de un tiempo particular, referido a una lógica interna" (p. 54). Sigue: "No hay nostalgia por el pasado ni el futuro deseable, sólo asombro, el descubrimiento, el propio hacer poético" (p. 56). Detrás de esta lectura se halla la respuesta del por qué estos poetas siguen vigentes: su poesía es trabajo literario y artístico concebido desde la poesía misma.

Con un ensayo de gran aliento, *Carlos Illescas: habitada soledad*, Angélica Tornero entroniza al poeta mexicano-guatemalteco. En él, el lector se entera de la herencia baudelariana del poeta Illescas y de cómo la propuesta lírica que éste construye se encamina hacia la protesta y la denuncia. Vida-muerte —puntualiza la autora de *La letra rota*— forjan en Illescas una intensidad poética que se edifica mediante la ironía como sustento del ritmo poético. Noche y voz lírica; excesos del amor; la aparición del concepto de mujer maldita y el poema social es lo que Angélica Tornero identifica, analiza y describe en la poética de Carlos Illescas.

Luego vienen Dolores Castro y Thelma Nava. La hidrocláida, afirma la autora, "persigue el deslumbramiento,

mediante el hallazgo verbal de lirismo genuino, que permite penetrar en el objeto de su perfección" (p. 67). Utiliza imágenes certeras, tensiones entre dolor, vida y lo pasajero; la contemplación del mundo como revelación constante que la conduce por un mundo filosófico religioso que le permite conformar su poética como una tensa sencillez expresiva.

Herederas de Machado, sigue la autora, la palabra para Dolores Castro es sagrada, indicio de la modernidad literaria: "De giros coloquiales que no rayan en el coloquialismo, con una propuesta de tintes melancólicos, claros ecos del vitalismo orteguiano y un dejo indiscutible de elucubración existencial" (p. 69). Dolores Castro utiliza metáforas que hacen referencia explícita al ave y a la tierra.

En Thelma Nava descubre a la poeta ciudadana. La ciudad, incluida la gente, será soez, inmunda, corrupta, donde se sobrevive sólo distanciándose de lo que en la urbe sucede. Nava es una poeta que grita con pasión y rebeldía, indica la autora de *La letra rota*. Por ello, el Amor será la veta que Thelma explotará como forma de remanso y conflicto; de imposibilidad y comunión: proceso dialéctico que bruñirá la poética de la pareja de Efraín Huerta.

En este segundo apartado aparecerán, también, los nombres de Sergio Mondragón —el aprendiz de brujo—, donde el lenguaje, para este poeta, es material verbal que conducirá hacia la poética paródica, crítica e irónica. Erotismo y budismo zen flotarán en la poesía de Mondragón en comunión con el imaginismo —herencia de Huidobro—, la duermevela, el sueño para construir antinomias. Sergio Mondragón, afirma Tornero, se amantará de la poética de Tablada y de la poesía de Lezama Lima. Conjura la imagen y experimenta con el lenguaje con una actitud estética. Bus-



Angélica Tornero

ca al tú —diserta Tornero— mediante metáforas en presencia que le sirven para unificar la esencia del Ser. Polariza los conceptos Ser-luz-oscuridad como artificio para concebir el alma como totalidad, concluye la autora.

Uno de los ensayos más lúcidos y complejos es el dedicado a David Huerta; el inicio es contundente: "*Cuaderno de noviembre*" (...) acontece como posibilidad de la forma, a través de la violencia de la sintaxis. (...) el cómo de una poesía que se dibuja a sí misma; el quehacer de un hombre que existe en la medida en que permute en lenguaje su ausencia" (p. 120).

Escribir es un estado constante de ausencia. De imposibilidades de estar en medio de la maraña del sentido. De posibilidades de alejarse de la palabra para encontrar su valor y su significado. Por ello, la autora afirma que en Huerta existe una posibilidad en la soledad del rompimiento sintáctico, la palabra como reencarnación del ser, de la voz lírica. En el fondo, la lectura de Tornero abre nuevas rutas de interpretación de la poesía de David Huerta, pues detrás de ella —de la lectura— existe una constante búsqueda de disolución con la palabra, a nivel místico.

Herederas de las vanguardias, Huerta conjura las rupturas estilísticas y semánticas, unidos al ciframiento del cuerpo: "El *quid* de esta poesía está en el aparente doble problema epistemológico que se plantea: una sintaxis de la transgresión, un lenguaje escrito con el cuerpo y una temática que deriva, según la tradición, de los más fríos planteamientos racionales, un territorio propiedad del *logos*" (p. 122).

Entre *doxa* y *sofia*, el poeta escribe desde el cuerpo y con el cuerpo. Sintaxis y retórica son productos de la oscuridad del Ser. Por ello, los temas en David Huerta son la memoria, la historia, la otredad, el tiempo, la corporalidad del lenguaje y el cuerpo como lenguaje. El tánatos lleva al poeta a rebelarse, a contestar, a interrogar sobre su propio Ser. Los dionisiaco y lo tanático —colige la autora— es igual a la rebelión. La enumeración y la acumulación serán sustento de la poesía de Huerta como pórtico de la lógica del verso y de los significados. Conformará una escritura de la ambigüedad, donde la osadía y el arriesgo son piedra angular: "La lógica que nos muestra esta escritura está más cercana de un planteamiento general de goznes, que a encontrar la especificidad en términos de la función de cada palabra en la escritura" (p. 127).

La musicalidad del verso en David Huerta será seca y eufónica. La temporalidad como sustento del recuerdo presente y futuro posible; noviembre como ojo del poeta, donde busca la identidad con el uso de la repetición, y, por ende, la construcción del yo: poema es igual a poeta y, éstos dos, a la lectura. Esta simbiosis discursiva llevará a bruñir una poesía dialógica y polifónica, donde el poeta se funde con su propio Ser, puntualiza Angélica Tornero. Este ensayo-estudio literario cuyo título es *David Huerta: en el ojo vacío de Noviembre* resulta el más interesante y es el que cierra el segundo apartado.

Finalmente, el tercero, *Vario*, diserta, puntualiza, argumenta asuntos dispares. *Vario* es un recorrido vertiginoso que inicia con un texto panorámico informativo del quehacer literario, desde los textos que dejaron los cronistas y conquistadores, pasando por los primeros intentos literarios de Hernando de Alvarado Tezozómoc y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, hasta llegar a las grandes creaciones de América

latina: *Rayuela*, *Cien años de soledad*, *Paradiso*, por mencionar algunas. Luego, la autora sigue con un texto acerca de los vaivenes que ha sufrido la ciudad de México y de cómo, el capitalismo, generador del centralismo, ha alterado los esquemas ciudadanos. La ciudad será, entonces, una especie de estética moderna que aman y vilipendian poetas y artistas. Una propuesta, afirma Tornero, poético-literaria de la ciudad como personaje que se ayuda de la prosopopeya para construirla o desnudarla. Después continúa con un ensayo de López Velarde que, según la autora, es el único poeta que supo captar las contradicciones de la modernidad.

Relaciones interdiscursivas... involucra al lector en la estructura de la novela *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes. Y de cómo, las voces, a través de la conciencia de Artemio Cruz —recurso semiótico—, y de cómo el recurso artístico desplaza a los personajes

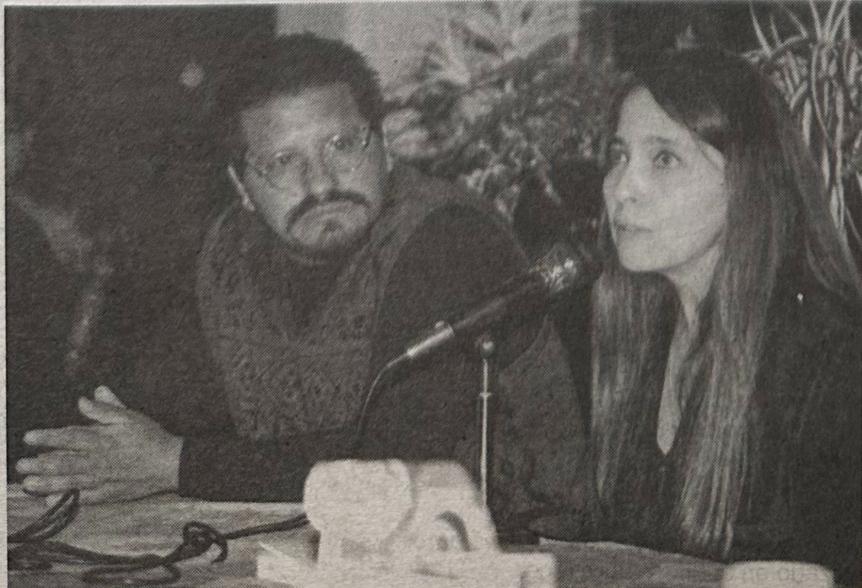
secundarios, pues del uso de las tres voces —yo, tú, él— y del monólogo en el lecho de muerte surge el hilo narrativo: "El recurso de las tres voces no disuelve esta impresión de omnipotencia del personaje Cruz; cada una de ellas se estructura también como monólogo, es la mismidad del personaje central que mira tras los otros, y los escasos diálogos son insuficientes para resolver los acontecimientos humanos en zonas fronterizas y no en una unidad ideal" (p. 197).

Encuentra Tornero, en esta novela de Fuentes, la evidente distorsión de un personaje acabado y permanente; de cómo denuncia y rompe con el mito mexicano postrevolucionario, pero a la vez agrega una faceta más: el hombre en el poder, cínico y traidor. En la novela, dice la autora, hay un distanciamiento discursivo aparente, y, siguiendo a Bajtín, afirma: la muerte es factor objetivo para otras conciencias.

Finalmente, un ensayo minibiografía de Juan Vicente Melo cierra el libro. En este escrito el lector se entera de los pormenores de la vida del veracruzano. De cómo la frustración, el afán de búsqueda, el alboroto existencial, la queja anímica, la soledad, la angustia, el quebranto llevaron a Melo por un juego infinito del yo. El autor de *La obediencia nocturna* y crítico de música sufrió la vida, igual que su personaje. Juan Vicente pasó —como sus personajes— del sitio de los sueños al de la conciencia, de la razón a la irracionalidad, pues sin carencia no hay deseo, finaliza la autora. En este último argumento se puede resumir, según la autora, el mundo de Melo.

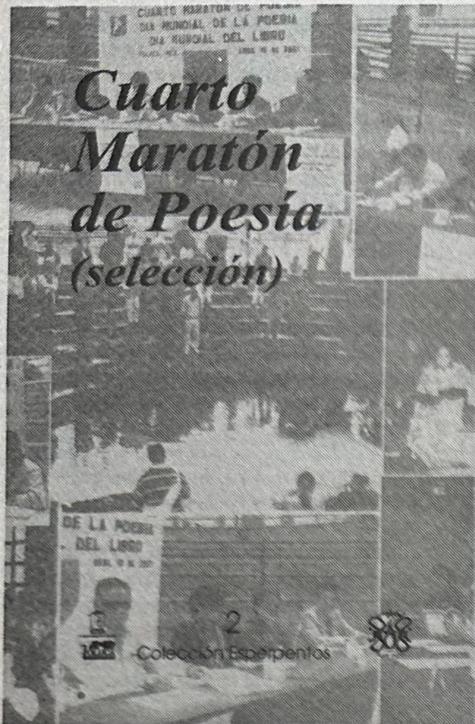
No cabe duda que algunos textos merecen ser releídos; otros son fuente bibliográfica, mas el único problema del texto es el desequilibrio formal y los vaivenes argumentativos. *La letra rota* no fue concebido como texto, sino como una reunión de textos que lo único que tienen en común es la literatura, por un lado, y, por el otro, la búsqueda de la explicación de la poesía.

Angélica Tornero. *La letra rota*. Instituto Mexiquense de Cultura. Col.Confines. Toluca, México. 2002. 211 p.



Martín Mondragón Arriaga y Angélica Tornero

PELIGROSO • CRUCE PELIGROSO • CRUCE PELIGROSO • CRUCE



La poesía a la calle

Pablo Garduño Martínez

Para la burguesía y el mundo que ella se ha forjado a su imagen y semejanza, los poetas son, cuando mucho, soñadores inútiles, faltos de sentido práctico, cuyo quehacer estrafalario no redundará en dinero contante y sonante. La poesía, si algo es, se reduce a palabrería incomprensible, arranque de locos; algo incoherente y a menudo sospechoso.

Y, no obstante, los publicistas ponen diariamente en juego recursos que la poesía de todos los tiempos registra en sus anales y que ha descubierto y decantado en su ya larga historia, que es también la historia de la humanidad. ¿Quién no ha visto plasmados en la propaganda comercial instrumentos y hallazgos (y no sólo formales) propios de la Biblia, de la *Iliada* o de las corrientes poéticas de vanguardia? La sociedad burguesa misma, ¿no es producto de todo un proceso cultural que debe mucho a las literaturas de civilizaciones que le precedieron? Pese a ello, tal sociedad no ha podido, qué bueno, asimilar a los poetas, a menudo anárquicos, peligrosos a veces, difíciles de domar aunque parecen casi siempre inofensivos.

Por todo eso no debe extrañarnos, aunque resulte un tanto paradójico, que aparezcan precisamente en pleno siglo XX, clímax del desarrollo burgués, numerosos intentos por llevar a la calle la poesía. Los escándalos de dadaístas o surrealistas no sólo conmovieron a sectores académicos, sino que con frecuencia causaron pánico en las grandes capitales europeas y americanas. También los movimientos contestatarios en los años 60's pugnaban por una existencia permeada de poesía y expresamente en París se vivió la consigna de combatir los poderes encumbrados en hombros de la sociedad a través de la poesía y con la mira de sentarla a ella en los ministerios y en las casas de gobierno.

No faltan por aquí y por allá testimonios que dan cuenta de la pugna, en Nueva York o en México, por llevar la poesía a la calle, insertarla en el seno de la colectividad, de donde no debió salir nunca. Fue ese, en mi leal entender, uno de los objetivos de la Tribu tunAstral en estas tierras, también en la sexta década del siglo pasado. Y sigue siendo hoy, si no me equivoco, el sentido de la labor de muchos grupos, grandes o pequeños, entre los que destaca, por supuesto, el mismo tunAstral.

En este contexto se comprende la necesidad de la Tribu, empeñada en realizar, entre otras cosas, el Maratón de Poesía. Por lo menos cada año, desde 1998, en Toluca se ha llevado a cabo esta fiesta de la palabra haciendo eco a la iniciativa del Pen Club Internacional de contar con un día mundial de la poesía. Con una fecha ritual, que poco a poco gana su propio espacio público, se acerca la creación poética a la gente, al peatón, al ciudadano común. La gota de agua pretende horadar la piedra.

Ya en abril de este año se realizó el Quinto Maratón de Poesía, de nuevo en la Plaza González Arratia, en pleno corazón de Toluca, con la presencia de poetas de varios Estados de la República: Veracruz, Nuevo León, Guerrero, Hidalgo, Querétaro, Estado de México. Durante doce horas ininterrumpidas, creadores de diversa calaña se prestaron el micrófono y leyeron muestras de sus respectivas obras ante un público que escuchaba cuanto quería.

El año pasado, el 2001, de la misma manera, como en un ritual antiguo que se asentara en el presente en cobro de sus fueros, se expusieron al gusto de los oyentes variados poemas de distinta envergadura. Una selección de ellos constituye el cuerpo del libro que hoy tunAstral pone a la consideración de ustedes. Por primera vez la Tribu ha logrado (aunque un poco tardíamente, cosa por demás disculpable), compilar y editar, con apoyo del H. Ayuntamiento de Toluca, la antología del Cuarto Maratón de Poesía 2001, dedicada éste, por cierto, a Genaro Robles Barrera, mejor conocido como Josué Mirló.

Solemnidad, pitorreo, nostalgia, regocijo, ingenuidad, iconoclastia, búsqueda, ira, ironía, reflexión, hay casi de todo en esta antología; para no desear, como decía mi abuela. El número 2 de la Colección Esperpentos constituye un coctel de voces, cuál más cuál menos, diferentes. Entre los minipoemas en serie de Flor Cecilia Reyes y las prosas irreverentes de Alejandro Ariceaga; entre el verso nítido y maduro de Roberto Fernández Iglesias y el grito de denuncia de Rosaluz Velázquez, un amplio abanico de tonos se despliega y ofrece una muestra de la poesía que se escribe en este principio de siglo y de milenio. Voces jóvenes, y no por eso menos valiosas, como las de Alberto Garduño Martínez o la de Alfredo Lugo Nava, se dejan escuchar frente o junto a esas otras de luenga experiencia como la de Salvador Alcocer, la de Jorge del Campo o la de Andrés González Pagés.

Algo digno de notarse como denominador común de muchos de los poemas es la exploración de las experiencias cotidianas. Baste este poema de Marco Aurelio Chávez Maya como ejemplo: "Dividimos la casa y te largaste con tu parte. Las revistas *Marie Claire*, el sillón aquel donde las primeras galas de la carne, la loza de tu abuela, los ronquidos, los olores, la sangre ritual de cada mes. Tu presencia toda. De vez en cuando te deseo y extraño el café con leche, tu perfume número 5 que compraste en abonos, los masajes en mi espalda y especialmente la esquina de tus piernas que se deshacía en húmedos presagios al besarla. Pero en estos mediodías dominicales no extraño, no, tus manos maternales ni tus besos ni el mullido triángulo de encaje ni la arrugada aureola de tus senos. Año, no te imaginas cuánto, mientras bebo cervezas tibias, el refrigerador que te llevaste".

No hay poemas de largo aliento ni de exhaustiva búsqueda, quizá por la naturaleza de la misma antología; tal vez por la vehemente necesidad de hurgar en lo inmediato que cada día se torna más extraño. O quizá porque hace falta que la poesía descubra la síntesis histórica que representa el suceso nimio, la piedra en el zapato. Tal vez también porque los viejos mundos de las religiones y las mitologías están ya muy lejos de nosotros. En ciertos casos se observa la desmitificación de figuras antaño arquetípicas. Ejemplo de esto es el poema de Alfonso Sánchez Arteché:

Venus del Nilo
Ni siquiera la esfinge tiene enigmas que proponer.

Ha cambiado de oficio y se le saben varios.
Nada menos ayer apareció en un talk show.
El de la *Mona Lisa*, tú sabes.

La vi porque me interesaba, como a todos,
aclarar si se acostó con Tutankamen
y si sostuvo encuentros privados con la mamá de Edipo.

Ella no anduvo con rodeos
pero sí con algunas caravanas
y estremeció a los concurrentes
al recordar cómo Alejandro le descubrió el "punto G"

en la tercera cervical.
Sincera, reconoció que después de todo no es tan puta.

Para putas, Cleopatra.

Más cómo imaginar a la esfinge despatarrada en el desierto,

erizadas las palmeras del pubis,
la cámara secreta enardecida
y un húmedo sarcófago viviente
penetrando hasta el fondo de sus acertijos.

La esfinge se ha propuesto no ser más la esfinge,
en Houston le arreglaron la nariz
y en Nueva York la vistieron diseñadores de época.
Pero en El Cairo nadie extrañará a la esfinge.
Hay quinientas mejores. Y mucho más baratas.
Y este otro de Ernesto Jiménez:

Mitología
Olvidándose de Teseo
Ariadna toma cada noche
el dorado hilo
que la lleva
a las explosiones
sucesivas
interminables
de las embestidas
de Minotauro.

Ahora bien, ya picado, no me gusta la propuesta de Murillo Licea. Tampoco Mario Ríos (p. 45 y p. 29, respectivamente).

En cambio, me complace la irónica parodia de Marco Aurelio Chávezmaya:

Bocetos para una reescritura de Los amorosos
Los amorosos cogen y juegan a amarse,
juegan a tutear al humo,
a no irse —pero se van.

Los amorosos están solos
y no les importa demasiado.
Los amorosos son locos
igual que Dios y el Diablo.

Los amorosos son los que siempre
—qué bueno— han de estar ebrios.

Los amorosos son los que estallan,
los que olvidan pagar impuestos.
Los amorosos quisieran andar en bicicleta
pero han perdido hace mucho el equilibrio.

El amor es el ruido más silencioso,
el más oloroso, el más insondable.

Los amorosos lloran de risa a cada rato
por el espanto de mirarse en el espejo.

Y no hay tales serpientes en lugar de brazos
ni alacranes en la cama:

son los excesos de la siesta.
(...)

Los amorosos
aman a diestra y siniestra
sin reparar en daños.

Les llega a veces un olor a barro fresco,
a niñas tiernas, a rollos sexenales,
a poemas que duermen
con la mano en el verso,
complacidos.

Los amorosos se van en trenes subterráneos,
cantando, sufriendo, gozando, maldiciendo,
la hermosa vida.

El nítido erotismo de Anna Kullick Lackner:
Abril y su respiro
No tengo nada para recordar
nada para lamentarme

Hoy percibo hasta la supresión del aire

Abril se acerca
y mientras pienso en la felicidad
como lo único que no inventa la memoria
me ciñe la zarza de la inútil primavera

Puedo sentir el hueco
que dejó a su paso mi respiro
(un par de años ha)
la vacua llama de mis ojos
flota hacia ninguna parte

La poeta se ha soltado
abre los brazos liberando ángeles podridos
y yo lo vivo todo:
el aroma rancio de sus alas
lo helado de su vuelo
su grito.

El desencanto de la pareja expresado por Félix Suárez:

I
Zanjados ya, el tren nos pasa encima,
cruza la cama demorándose,
jadeando.

Y nos encuentra así la madrugada, uno
en cada lado, enlutecidos, a solas.

De nada sirve entonces ya que me hagas señas,
que yo te grite entumecido en la otra orilla,
si se nos ha empezado a ir,

muy lentamente,
el último convoy de la mañana.

En fin, sean cuales fueren las preferencias estéticas de los lectores, en esta selección podrán encontrar, como Sancho Panza ante una olla podrida, algo que les sea de gusto y de provecho.

Cuarto Maratón de Poesía (selección).
tunAstral/H. Ayuntamiento de Toluca. Colección Esperpentos No. 2. Toluca, Estado de México. 2002. 147 pp.

Alberto Chimal

El ejército de la luna

TunAstral
.....04.....
LIBROS DE LA TRIBU

Escritura elíptica y clara

Román Luján

Conocí a Alberto Chimal hace varios años, en Tijuana, durante el Encuentro Nacional de Jóvenes Escritores que la UNAM organiza cada año en una ciudad distinta. En el tiempo que duró esa actividad, que por momentos tiene más que ver con la pantomima que con la literatura, conversé varias veces con él; al principio por la casualidad propia de las horas de comer y beber, y después por vicio, por el agrado de quien descubre a otra adicto a la conversación. Hablamos de Elitis, de las películas de Wenders, de vampiros, de las dificultades para publicar en nuestros respectivos estados.

Al regresar a Querétaro leí detenidamente sus cuentos. Supe entonces que estaba ante un escritor en pleno uso de su oficio, que no se escuda bajo el pretexto de ser joven para moldear el lenguaje con preci-

Daniel Monroy



Pablo Garduño

PELIGROSO • CRUCE PELIGROSO • CRUCE PELIGROSO • CRUCE

sión relojera y hacerlo estallar donde más le plazca; ante un autor de amplios recursos técnicos que, sin embargo, rehúsa desplegar en el texto, ya que no le interesa la pirotecnia narrativa, tan común entre los nuevos cuentistas. Me supe ante una especie de trovador anciano, un cronista de reinos aún desconocidos o ya devastados por el olvido que, a fuerza de divulgar pueblo a pueblo sus memorias o invenciones, ha terminado por convencer a sus lectores de la existencia de otros lugares, seres, mundos, regidos por apetitos distintos a los nuestros.

La escritura de Chimal es elíptica y clara. No abunda en descripciones del entorno o en especificaciones temporales y, menos, en procesos psicológicos; privilegia el tratamiento del personaje y, sobre todo, la anécdota, que se muestra desnuda, inevitable, como la fotografía de un amanecer o de un cadáver.

A diferencia de muchos narradores actuales, seducidos por la escritura vertiginosa y atiborrada de la hiperviolencia y el desencanto finisecular, Alberto Chimal cultiva, casi con obsesión, formas tradicionales del relato corto, tales como la fábula y la alegoría, pero sin fines didácticos. No le interesa construir juicios morales, sino recuperar la forma profética del relato; y lo hace proponiendo una mitología personal, en la que se congregan príncipes, sicarios, magos, gigantes, todos despojados de su investidura, desacralizados, convertidos en evidencia de la vileza o nobleza humana. El siguiente párrafo es ilustrativo:

Y luego, de un solo manotazo, había hecho trizas al rey y a la reina. De un solo manotazo. A los que, según decían todos, eran los más poderosos entre los hombres de la comarca.

Y luego había salido con su botín: ricas joyas, y comida, y la princesa. Y sin una sola herida.

Cada mañana lo recordaba, con todos sus detalles, y pensaba: el mundo es hermoso.

Usualmente podemos nombrar la sensación que nos habita después de leer un cuento. Sabemos que pánico, ternura, regocijo o melancolía serán detonados en algún lugar del texto, normalmente en el final —en esa última línea vertiginosa y fatídica— o en cualquier otro instante acondicionado para albergar al nudo o clímax de la historia; y esperamos dicho momento con ansiedad, como quien reconoce que va a morir, pero no sin antes conocer el rostro del verdugo. No obstante, los relatos de *El ejército de luna* transgreden esta costumbre. Diríamos que esa última sensación, ese estallido, no tiene epicentro, se esparce por la sangre como un virus. Entonces nos vemos arrastrados a una playa desierta, en la que comprendemos que no hay final posible, que la historia contada no termina al cambiar de página. Y luego nos invade un desasosiego sin paradero, un estremecimiento sin razón, una pequeña pero imborrable conmoción.

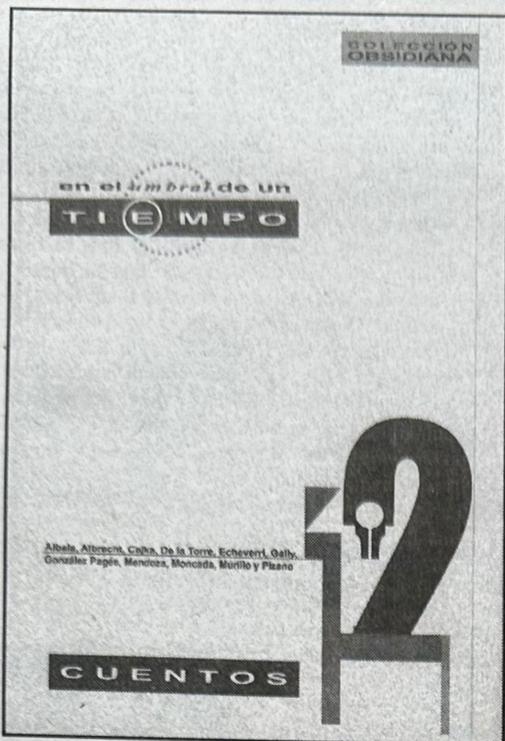
La ironía y el desenfado son elementos recurrentes en el libro, que sin pudor convierten lo grotesco en hermoso, lo deleznable en justo. Detrás de la amabilidad sospechosa del personaje o del narrador se esconden una conciencia ignorante de la culpa y, por tanto, inocente:

Por lo tanto, aquello: las manchas rojas rojas en el pasto verde, los rizos manchados de rojo, los trozos de cráneo igualmente manchados de rojo, la expresión de sorpresa en la carita infantil, los bracitos y piernitas inertes, laxos, cada vez más fríos..., aquello, digo, parecía a todos los circunstancias un suceso íntimo, particular, de ellos solamente, como el contemplar la mañana ante la calle vacía. Y por tanto los llenaba de un gozo nuevo, vivo y tembloroso, de esos que son inconfesables y agradabilísimos.

“No se ve impunemente en las tinieblas, no se extrae de ello enseñanza sin peligro”, escribió Emil Michel Cioran, refiriéndose al riesgo que implica conocer algo a través de la literatura, y eso es, quizás, lo que Alberto Chimal quiere hacernos saber mediante ciertos textos de su libro: que es inútil buscar en lo narrado las huellas de la revelación, porque ésta sólo puede hallarse en los silencios, fuera del texto, porque finalmente es posible que los worgoi existan, que pueda crearse un engendro mitad hombre mitad vampiro que termine aniquilándose a sí mismo, que cualquier tarde crucemos una trastienda y dejemos que un dulce estilete nos abra en canal, con tal de conocer a la perfecta Nada, porque

Hay una región que sólo el alma viva puede visitar; un refugio al que no llegan el dolor ni el espanto; una prisión de la que no se quiere salir, y en la que permanecen, redimidos, sin cuidado ya por las cosas del mundo, libres de su peso incalculable, por igual poderosos y débiles, víctimas y verdugos.

Alberto Chimal. *El ejército de la luna*. tunAstral, Col. Libros de la Tribu No. 04. Toluca, México, 1998, 63 pp.



Volumen con fuerza narrativa

Roberto Fernández Iglesias

Es digno de encomio que los escritores se agrupen para defender sus intereses gremiales y para promover su actividad. Ahora aparece *En el umbral de un tiempo* dentro de la Colección Obsidiana, coedición de la Sociedad de Escritores de Morelos y el H. Ayuntamiento de Cuernavaca y muestra de las relaciones positivas entre la instancia gubernamental y los trabajadores de la cultura.

En el umbral de un tiempo agrupa once cuentos de otros tantos escritores. El primer llamado al interés es el casi equilibrio con la presencia de cinco mujeres y seis hombres en la lista de autores, relación que generalmente está más desequilibrada hacia lo masculino.

La segunda señal llamativa es la fuerza de los textos dentro de la variedad de temas y enfrentamientos. Asunto confirmado al leer las breves notas biográficas sobre los autores, todos en la plenitud de su fuerza de escritura. Resulta extraño que en una selección, que siempre es una *antología*, no haya algún texto que sobresalga o desmerezca del conjunto. En esta ocasión, por encima de las diversas extensiones, hay un alto nivel literario. Los lectores podrán señalar preferencias de gusto o coincidencias de expectativas con algún texto más que con otros; pero nadie podrá poner en duda la condición estética de uno sobre los demás.

En tercer lugar es necesario destacar la variedad temática del conjunto que se extiende desde las constancias de la realidad hasta las demostraciones de lo misterioso, característica de este volumen que contribuye para que el lector sea cautivo y quede con deseo de leer más.

En esta línea, puede leerse como realista el cuento “Msé Benuá” de Andrés González Pagés, quien en su búsqueda de hacer constar la realidad logra imitar, en la escritura, la pronunciación francesa del personaje titular. Es una narración en el ámbito de los grandes cuentos de Anton Chéjov, en los cuales lo narrado está condenado a repetirse, por eso no hay un final detonante o sorpresivo, todo cuanto sucede será repetido como en la realidad.

También realistas, aunque centrados en la mente de los personajes, son los textos de Eliana Albala y Daniel Murillo Licea. La primera, en “Juegos de verano”, retrata los sentimientos de las principales competidoras en la gimnasia del mayor nivel mundial que se descubre como un homenaje en la dedicatoria a Nadia Comaneci. A pesar de una mínima falla al hablar de la competencia en barra fija (las mujeres practican barras asimétricas), el cuento de Eliana Albala propone una visión verosímil del pensar de las competidoras.

“Soltar los perros” de Daniel Murillo Licea puede parecer al comienzo de la lectura que no es realista. Al retratar la mente del personaje, quien imagina los sentimientos, que considera peores, en la forma de perros feroces que terminan por determinar el desenlace sin necesidad de trucos narrativos inválidos.

El relato de Murillo entronca con tres historias de amor infeliz. “El retorno” de Hildegard Albrecht, el texto más breve del volumen, en una página narra la historia de un amor sin que tengamos necesidad de más. Con intensidad llega la conclusión del cuento y del amor.

En este camino temático, Susana Mendoza acierta con la historia de amor en un asilo de ancianos regentado por religiosas católicas. La personaje que narra tiene gran fuerza y logra ocultar el final que resulta sorpresivo; aunque, como en los buenos cuentos, esté ahí desde el principio. Los retratos de los ancianos y de la monja jefe son excelentes dentro de un ambiente retratado con difícil facilidad.

El tercero de los cuentos del amor infeliz es “El mar llega a todas las playas” de Jaime Echeverri. En un mundo muy a la moderna, los personajes se desplazan por vidas amorosas variadas y de gran intensidad. Escrito en forma epistolar, se presta para reflexiones sobre la vida amorosa en el cambio de siglos, aunque no menciona esta circunstancia. Al terminar la carta que ocupa la mayor parte del texto, un narrador toma la palabra para presentar el desenlace de manera excelente.

En el terreno de la denuncia social, Gloria Cejka logra en “Mazahua” un panorama complejo del mundo indígena, con centro en un indígena que se lanza a la migración a Estados Unidos con un resultado que no por frecuente deja de ser dramático.

Situado también en el mundo rural, “El año del Nagual” de Rubén Pizano es realista con apariencia de misterioso. La ignorancia y la credibilidad ingenua que llegan a ser fatales sirven de idea central para que avance la narración. El proceso narrativo alcanza gran intensidad y quizá faltó un poco de justificación para el final explosivo.

De la misma manera que el cuento de Pizano, “Una terrorífica noche en casa” de Héctor Gally ofrece una anécdota realista que desde el título envuelve un misterio inexplicable. La tensión de la historia lleva al lector hasta el final que, además de sorpresivo, tiene una de las pocas dosis de buen humor en este libro.

Los dos textos que faltan por comentar son verdaderamente misteriosos. “Historia de un aire” de Raúl Moncada Galán establece relación entre el mundo humano y fuerzas de dimensiones extrahumanas. El tratamiento de estas fuerzas adquiere gran valor pues el autor las presenta sin hacer escándalo especial, sencillamente así son las cosas en esta historia que es la tercera ligada a la ruralidad. El final es preciso y sin concesiones.

Por último, “El recorrido de Alín” es un texto que lleva a lo fantástico con el aire de las narraciones fantásticas de Julio Cortázar. El mundo infantil que vive cuanto imagina y que termina por conectar con otras dimensiones pertenecientes a la condición humana; pero que puede resultar difícil de explicar en el final detonante de Olivia de la Torre.

En el libro *En el umbral de un tiempo*, los autores están presentados por orden alfabético que resulta buen modo de resolver el problema en volúmenes colectivos. Al final queda la sensación de una fuerza común en estos cuentos, a pesar de las diferencias temáticas y estilísticas, y de los orígenes diversos de estos autores que quedan reunidos por su condición de agremiados en la Sociedad de Escritores Morelenses y por la ciudad de Cuernavaca y el actual H. Ayuntamiento que publican un libro digno de ser leído, compartido con la calidad profesional de los convocados a participar *En el umbral de un tiempo*.

Albala, Eliana. et al. *En el umbral de un tiempo*. Col. Obsidiana. Sociedad de Escritores de Morelos, S.C./H. Ayuntamiento de Cuernavaca. Cuernavaca, Morelos. 2002. 111 pp.



Eliana Albala lee, observa Hildegard Albrecht



cAmbiAviA

Información y crítica de la tribu
No. 30 • Julio de 2002
Publicación de tunAstral, A.C.

Amor es la palabra; poesía, la acción

Director fundador: Roberto Fernández Iglesias. Dirección: Margarita Monroy Herrera. Edición: Rogerio Ramírez Gil. Asesor: Dionicio Munguía J. Administración: María Guadarrama Campos. Todas las fotografías son de Margarita Monroy Herrera si no se indica lo contrario. Dirección: Calle Porfirio Díaz 216, Col. Universidad. Toluca, Estado de México. C.P. 50130. Teléfono y fax: (722) 219-54-36. Correo electrónico: tunastraltoluca@hotmail.com. Los artículos firmados son responsabilidad exclusiva de los autores y pueden o no reflejar la opinión de tunAstral. Se solicita amistad, canje, correspondencia y toda clase de apoyo y ayuda. Se responde por colaboraciones no solicitadas. Tiraje: Diez mil ejemplares de distribución gratuita. Impreso en La Prensa, S.A. de C.V. México, D.F.

Alfonso Sánchez Arceche

de cierta ciudad

(segunda edición)

Grandeza de lo pequeño

Pablo Garduño Martínez

Entre lodo, como astillas de un árbol golpeado, perviven los antiguos barrios de la ciudad, y bajo el sol prolongan su existencia de hierba entre la acera y el asfalto. Resistien el Barrio de San Miguel Apinahuico con su arcángel partido por mitad: "El querubín embarrado/ a punto de tirar el último mandoble/ antes que la erosión borre su espada"; el Barrio de Santa Bárbara: "Estos eran los bajos fondos de Toluca/ desperdigados en la falda del cerro/ inciertos callejones por los que/ ningún coyote entraba a malorear a las gallinas/ o de menos/ salía con el hocico en flor"; el vecindario de Santa Clara "cuarteándose de humedad/ nostalgia de techos altos/ se empujará a tomar su baño de paraíso/ bajo la regadera del tragaluz/ que llueve plata en polvo. Los calostros/ del mediodía"; el Cópore, que "no es barrio ni es colonia/ El espíritu santo no da los materiales/ Agua todos los días sólo para los ricos// Cuál interés social cuál caridad cristiana/ Aquí las cosas se han conseguido a güevo".

Y San Sebastián y San Juan Bautista y San Juan Chiquito y el Barrio de Huitzila y el de San Bernardino, todos bien conocidos por cualquier toluqueño que se precie de serlo; pero hay mucho más. Son días, espacios, sucesos, personajes, mitos; todo en una sola trama de lo que ayer fuera Toluca y hoy sólo astillas, bastiones últimos de un tiempo y una historia otros, asfixiados por la orgullosa modernidad. Todo en un universo de peculiares mezclas donde lo sagrado y lo profano, el pretérito y el futuro, la prehistoria y el siglo XXI, los vivos y los muertos conviven cotidianamente y el Barón de Humboldt aún podría visitar de nuevo el Pico del Fraile o el árbol de flor de manita, y el Orfeo legendario vende piñatas, papalotes o Judas de cartón, según los cánones de viejos ritos, y el General Prim es una calle que propicia las nostalgias, y Huitzilopochtli reencarna en colibríes, y en el tianguis, donde se fusionan lo grato y lo gratuito, la frutera ostenta bajo la blusa sus "rotundas tetas".

Este es el mundo de lo que sobrevive, resiste y fieste, a pesar de todo, con su bagaje de sueños y tiempos encontrados que lo mismo reverberan de imaginaria maya o mexicana que de floraciones cristianas, de atavismos celtas que del exótico aquelarre de los germanos. Lo vivo y lo cotidiano de los suburbios de Toluca se redimensionan a fuerza de exigir los versos de un buen libro. A la vez, existen de otra manera al ser nombrados y reinventados en y con la palabra poética.

En *De cierta ciudad*, Alfonso Sánchez Arceche asume a cabalidad la tarea que le impuso su propia condición de toluqueño; pero no se trata, esto debe quedar muy claro, de un mero ejercicio de remembranza ni de un ceder a las fáciles trampas de la nostalgia. Porque si en los poemas de "Entre lodo y astillas" (tercera parte del libro antes mencionado) las evocaciones palpitan como corazones múltiples de un pasado vivo que se recrea en el presente, también es cierto que en ellas la sustancia de la historia se inflama y se expresa en toda su complejidad. El tiempo mítico actualiza lo que sólo en apariencia está muerto y lo inscribe en las rutas del ahora, en el flujo continuo de los ciclos, donde la linealidad desaparece.

Hay, pues, en los quince poemas de la serie, una suerte de simultaneidad, en la cual no es extraño que Orfeo venda calaveras de azúcar, que en San Bernardino los espectros del bosque inventen un baile macabro y Federico Enrique Alejandro, Barón de Humboldt, eche de nuevo un vistazo al Nevado de Toluca. Como acertadamente recuerda el poeta: "Eso no importa. Con los siglos se aprende/ que las verdades científicas más duraderas/ son aquellas que invaden los cauces/ de la poesía".

Dicho lo anterior, no caben sospechas de localismo ni meras reivindicaciones regionalistas. Cuando la poesía toca un objeto, por insignificante que éste parezca, lo redimensiona, lo eleva o expande, le da carácter universal.

Por eso el poeta no teme navegar por su ciudad-mundo, como lo hicieron los cruzados, en "El utópico viaje mercenario/ a tierra de infieles" por "los callejones del Ratón/ y Víctimas". No teme andar por San Sebastián cuando los tamales nadan desnudos en aceite ni asomarse luego al patio que resguarda mágicas plantas medicinales. No tiene empacho en lanzarse a elevados vuelos líricos: "En las axilas jugosas de mayo/ vibrante girasol retoña/ el colibrí. Prendido de la luz/ como la lengua del amante cuando se clava/ en el ojal de los profundos apetitos"; no hace gestos cuando describe: "Una mujer sin medias lee fotonovelas/ La loma estrena chalet suizo/ Aquel niño trazado mete la nariz en la bolsa/ Tendederos entre parabólicas/ Dice la barda que todos estamos con el licenciado/ Sobreviven las tejas avergonzadas de no andar a la moda/ Futbolistas se surten de cerveza". No hace melindres en el tianguis: "El borollón dorado magenta ocre/ Güerita acérquese/ Chaquira de acociles-lentejuela de pápaloquelite/ Cómo te gustan las apreturas viejas// Bajo la enagua del mercado/ se suda la gota gorda de la costumbre/ De sol a sol/ llueve o truene/ Vinistes y ya vendistes/ Comprastes y ya te fuistes/ hasta el espacio se regatea// El aromado plexo solar de la papaya/ el mamey en decúbito dorsal/ las rotundas tetas de la frutera bajo la blusa// Lo más grato/ Lo gratis".

En la trama del lenguaje, con los versos-arpones afinados y luminosos, quedan prendidos mil detalles de eso que somos más allá de las fronteras de Toluca hasta abarcar lo universalmente nuestro. De todo material forjados, de culturas y mitos a veces contrapuestos, nada de lo humano nos es ajeno. Así lo pone en claro también la segunda parte del libro titulada "Como el maíz que anhela". En los poemas de este apartado se ponen de manifiesto las fuerzas que impulsan lo cotidiano al tiempo mítico y universal: "De qué lágrima, luz, de qué retiro,/ de qué claustro materno/ viene este diapasón de prisas, el temblor de este asedio en la ventana// No sé si pertenezca mi nombre a la tormenta/ pero como algo suyo lo repite, traza mis iniciales secretas en la noche,/ ha despertado a mi bestia tribal/ y una hoguera de sombras asustadas/ ladra al relámpago// No debo continuar aquí// Un aullido de ortigas me reclama,/ esgrime su collar de lumbre,/ me rodea,/ erotiza mi tacto,/ desata la piedra y hace danzar/ un coágulo de insectos enloquecidos".

La primera parte del libro, titulada "Contracorriente", parece la obertura de una sinfonía. En ella se conforman los motivos que luego se desenvolverán en toda su amplitud y su potencia. En las tres series de "Contracorriente", y aun en el título mismo, se anuncian los cauces por los que transitará el resto del libro. La resistencia de los viejos barrios de Toluca ante los embates de una modernidad mal entendida y peor encaminada, expresa su raíz más honda en este cuestionamiento: "ya no hay quien dé su corazón para que vuelva// en vano he venido a ser el que arde a solas// ¿esta es la dulce libertad prometida// ¿por qué no retornar/ a la jícara del conejo/ bajo la falda de serpientes?" Estas palabras, puestas en boca de un sol que se eclipsa, hallan su resonancia en esa nostalgia y esa voluntad de permanencia que permea secretamente la voz que recorre los templos y vecindarios de "Entre lodo y astillas".

En la serie "Exhumaciones", el poeta pone en claro su genealogía desde el abuelo fósil que "Prototipo del hombre prehistórico/ nunca sabrán que fuiste/ el bueno para nada de la tribu". Luego, el poeta recobra para sí la locura de Fray Servando y reivindica, cuestionándolo, un cráneo anónimo encontrado en un campo militar.

Por sobre todo esto, sin embargo, está lo que expresa el sujeto lírico en el primer poema del libro: "este puño de pasto que irrumpe en la banqueta/ anuncia una conjura/ semilla presa bajo una losa/ gota de lluvia que se infiltra// ¿cómo tan lejos del sol pudieron/ fundir sus pieles/ de agua inestable y fuego encadenado?"

¿Quién podría cantar así a una cosa tan sencilla como una brizna de hierba? Blandos tallos que arrancarán los barrenderos para convertirlos en basura, ¿quién podría trocarlo en alegoría? El viejo Whitman creó todo un cosmos a partir de unas hojas de hierba. Alfonso Sánchez Arceche hace lo propio en este libro. Desdoblado en una voz poética, se aproxima al pasto humilde y le habla de tú: "nadie te aplastará/ tierra

madeja hirsuta/ has ganado el derecho de no ser pastoalfombra/ ni grama de pradera/ trillada por los rebaños// hoy será tu prisión la que te defienda".

La gradación se completa cuando la voz lírica y la hierba se tornan un solo ser, anulando las distancias iniciales entre ambas: "podrán venir el azadón/ el hiello/ el aliento/ herbicida de noviembre// no moriré del todo después de todo// volveré con las lluvias/ a roer el cemento/ hasta que no quede más calle/ sino llanura virgen/ y césped estremecido en actos de amor".

Inscrita así, desde el principio del libro, la visión poética, no puede resultar extraño que su floración subsiguiente obedezca al mismo aliento en el resto de los poemas. Queda claro, entonces, que nada en el libro *De cierta ciudad* es gratuito; ni siquiera el título. Cada palabra, cada verso, cada poema y la estructura toda del poemario son niveles o dimensiones de una misma sustancia, semilla en expansión. Así, con el poeta, puedo decir: "este puño de pasto que irrumpe en la banqueta/ anuncia una conjura". ¿Y qué conjurado es este poeta que saca agua de un desierto?

Alfonso Sánchez Arceche. *De cierta ciudad*. 2a. edición. tunAstral. Libros de la Tribu No. 02, Toluca, México. 2000. 70 pp.



Cronos, urbe y Eros

Luis Miguel Vargas

El libro *Amanecer incierto y solitario* de Blanca Álvarez Caballero está dividido en tres partes y en su totalidad contiene veinte poemas. Fue sometido a dictamen por el Instituto Mexiquense de Cultura, después fue publicado, lleva de algún modo un sello de garantía. En gustos se rompen géneros pero sí puedo decir que este libro no está nada mal.

Blanca Álvarez Caballero camina por los senderos de la poesía universal, toca algunos de los temas que más han obsesionado a los poetas: el tiempo, el amor y la ciudad.

La primera parte se titula "Cronos y yo", recalca de entrada la relación personal entre el poeta y ese ser mitológico que devoraba a sus hijos. Para Blanca Álvarez, el tiempo no es mirar el pasado, sino un presente angustioso y un futuro conocido: la muerte: "Ecos y presagios/ Guían nuestros rumbos tristes// Conducen el farol de la inocente paz// Mañana habremos muerto./ Nadie nos reclamará".

Si Jorge Manrique obtuvo conclusiones estoicas y morales del paso del tiempo, Blanca Álvarez, hija del siglo XX, saca un sentimiento de absurdo, la convicción de que el tiempo nos quiebra: "La humanidad golpea/ Con sus bultos de absurdo"; en otro poema concluye: "Hoy es lunes o jueves/ Eso ya no lo sé"; o en otro: "En la intacta ventana mi rostro yace inmóvil./ Soy una estatua rota./ Cortada por un tictac".

Me atrevo a decir que este tópico del tiempo penetra todo el libro, es el tema vertebral del poemario: el amor en su vertiente erótica y la ciudad con sus acechanzas pagan tributo a Cronos.

La segunda parte da título al libro, "Amanecer incierto y solitario"; la más extensa y donde el análisis de la autora es más minucioso; contiene once poemas. Estos poemas arrancan de la plenitud del encuentro erótico: "Todo lo llenan los hilos de tus dedos/ Dejan arrastras huellas/ De deseos satisfechos"; y ter-

minan en el fracaso absoluto que técnicamente es plasmado con monosílabos: "En el nocturno olvido/ Habitarás mi despedida./ No vendrás./ No más./ No"; o en otro: "Despedida letal./ Nudo en la garganta./ Agonía./ Silencio./ Fin".

El erotismo que maneja Blanca Álvarez está teñido de incertidumbre, de imposible y de soledad. El amado siempre está en fuga. El encuentro es básicamente imposible, parece que sólo en la intensidad del placer sexual logra alguna ráfaga de plenitud: "Pervivo en la humedad del momento/ Eterno e instantáneo./ Sonoro de este andar// Nuestra hamaca no cesa de moverse/ Ni el calor de abrigar"; pero emotivamente su realización es sincopada, por episodios; hay una variedad de síntomas que impiden la continuidad que exige la amante al amado, así el silencio, la soledad, la incertidumbre, la distancia, el miedo, la ausencia, la desesperación, la ambigüedad o la evasión son escollos insuperables para alcanzar la plenitud.

En el encuentro hay siempre un "adiós sobreentendido" o unas "anticipadas despedidas"; pero la poeta sabe que el tiempo trae lo que se lleva: "Un fruto cae sin hacer ruido./ Se lo ha llevado el tiempo// ¿Cuándo renovará mi árbol/ Sus deseos?"; en la pregunta está implícita la respuesta, el deseo se renueva, siempre le llega su primavera al corazón.

Irónica, pregunta la autora: "¿Acaso tu perfume/ Se impregnó en otro hombre?// Déjame que te toque/ En un ser extraño./ Siempre momentáneo./ Eterno amor". El amado es intercambiable; pero el amor es el mismo. Esta es una de las características del erotismo, el cambio, el encuentro con una riqueza infinita de formas que el espíritu le confiere a la sexualidad: olores, colores, sabores, ropa, texturas, cuerpos. En este juego de los sentidos los participantes son intercambiables.

El tercer apartado tiene un título peculiar "Sisifocitadino", que hace alusión a aquel personaje mitológico condenado por Zeus a subir una piedra a la cima de una montaña eternamente, pues antes de llegar le faltaban las fuerzas y la piedra caía.

Este asunto de la ciudad está más que discutido, para algunos espíritus es su elemento natural, para otros una alergia. Artísticamente, la ciudad es el gran tema, el marco del arte de los siglos XIX y XX, no ha desaparecido lo bucólico pero su presencia está muy alejada de la estética del hombre contemporáneo o en su defecto es nostalgia, denuncia o fuga de los excesos urbanos.

La ciudad no es mejor ni peor que la campiña. La tristeza o la alegría la llevamos con nosotros; no importa el paisaje. El artista vive una relación ambivalente con la ciudad, la ama y la odia; pero tengo la convicción de que si se vive en ella hay que amarla con todo el corazón.

Para Blanca Álvarez, la ciudad es el ámbito de la frustración; "De una felicidad a medias": "Camino sobre mis pasos./ Sobre mis hombros./ Sobre mis deseos reprimidos./ Frustrados, enajenados./ Desposeídos, desamparados". O en otro texto: "Siempre a deshora./ Siempre socavados deseos/ De la ciudad interruptora". También la ciudad es el lugar de la amenaza: "Citadino soy/ Y amenazado vivo".

Los versos son cuidados, no hay exceso de adjetivos y los poemas son redondos. Vale la pena conocer su propuesta.

Blanca Álvarez Caballero. *Amanecer inquieto y solitario*. Instituto Mexiquense de Cultura. Col. Piedra de Fundación. Toluca, México, 2001. 43 pp.



Blanca Álvarez Caballero

UCE PELIGROSO • CRUCE PELIGROSO • CRUCE PELIGROSO • C

Oscuro zodiaco

Cynthia Rodríguez
Citlali H. Xochitiotzin
Raquel González
Martha Martínez



Universidad Nacional Autónoma de México
México, 1999

Memorial de la sangre

Angelina Nava

Su poesía es vida, reverberación de imágenes que entre elementos de la naturaleza combina porciones de vivencialidad humana provocando el deseo de aventurarse en "Memorial de la sangre", parte integrante de *Oscuro zodiaco*, libro en que Citlali H. Xochitiotzin entrega una muestra más de su producción poética.

Subdividido en cuatro apartados—"Mosaico historia de mujer", "De los ángeles", "De la memoria" y "El sueño de Cantona"—, el trabajo presentado por la autora es admirable en su organización basada en una estructura lineal en el tiempo.

En primer plano, "Memorial de la sangre" contiene una genealogía: los bisabuelos, abuelos, padres e hijas de la poeta se reúnen para estimular imágenes de exquisita factura que regocijan el espíritu del lector:

Moneda a moneda, el bisabuelo, el padre de mi abuela;

la madre de mi padre,
cultivó su frugal vida;
amor le nació en todas las siembras,
y los frutos multiplicaron
sus granos.

En segundo plano, el texto presentado por Xochitiotzin resume el ser y el hacer de la parte femenina de la humanidad que brota donde la duda engarza sus tendedores/ porque somos estalactitas/ resonantes./ Tacones de mujer hechos cuerpospensamientos.

"Esta mujer, que discute a sí misma, al hombre y al mundo para llegar a entender quién es... no acepta su papel, ha decidido existir y no renunciar a sí misma y ha aprendido a decir NO" es el epígrafe de Franca Basaglia que "Mosaico historia de mujer" ostenta como introducción; resulta el epígrafe adecuado para penetrar al laberinto de imágenes que Xochitiotzin atrapa: desnudo el recuerdo ante el paisaje./ lenguaje hecho de gasas desprendidas.

"De los ángeles" consta de once partes todas hermosas por sí propias e independientes en su estructura; diseñadas para engarzar una con las otras y formar una sucesión de cuadros donde el tío Fidel./ cantaba./ unas veces con guitarra, más tarde con su voz.

Este poema que abre el texto al lector es el contenedor de la definición que el sujeto lírico hace de sí porque

Digo: soy transfiguración de arete,
soy trino avispa,
soy tropo de bragas suaves
soy trenza perspicaz
soy travesía de mi asalto
soy trueno esparcido, sagrado.

El dolor es enfatizado a lo largo del texto; sin embargo, la figura que soporta la construcción de "Mosaico historia de mujer" es precisamente la mujer, mujer humus de vientre roto./ herencia menguante./ rostro enmascarado por silencios.

"De los ángeles" se puede decir que es un himno a la mujer primigenia, a las mujeres nativas vestidas de percales, la abuela y su hermana Carmen./ persisten.../ mujeres de tierra, dice mi madre./ y al cosechar los hijos les brotó de eternidades la sombra.

El texto es un verdadero compendio de ideas refractadas en versos que unidos a algunas citas irradian poesía envolviendo a los lectores en tonalidades sutiles capaces de producir explosiones de imágenes que iluminan el cielo del quehacer poético cuando
*Una mañana un grupo de ángeles bajó por él,
dejaron el patio atravesado de flores blancas.*

Desde entonces el solar se viste de sonidos de campanas,
y el tren,
canta.

La religión también acude al llamado de la poeta que desvela mitos en manos de un hombre oficinista./ de canto en canto de rezo en rezo./ cortejó el dolor purificando la muerte.

La mujer—abuela, madre, hermana—inserta en el mosaico de la cotidianidad desempeña el papel de enlace entre ascendencia y descendencia y en la cuenta de la hacienda

A cada una heredó: una oración, un rebozo blanco,
una máquina de coser, una mirada en Dios.

Qué forma tan bella tiene la poeta para transgredir la discreción y propalar el secreto de Mamá escondiendo sus juguetes de sus hijos./ los coloca en el trastero, en el bordado.

Las repeticiones de sonidos y significados acentúan el decorado del mosaico para combinarse en una geometría de ritmos donde

espera la pronunciación exacta;/ salvar el universo, uno a uno,
/renovado,
con la brillantez exacta.

La poesía de Xochitiotzin es entusiasmo, es alegría, como la risa de un niño en la casa de mi abuela estaba plena de enredaderas./ amotinados rosales adornaban sus/ jardines/ imperiosas dalias magnificaban rincones, floripondios adornaban su pozo.

Las palabras de la poeta son poesía pura:
porque ahí,
cubierta de oro
fundida en las estrellas
en la memoria que se busca
y en el milagro se recuerda.

El armado de imágenes se forja en el devenir del tiempo, tiempo que es vida, vida de la cual el sujeto es sólo un instante. Instante que se hace presente en el recuento de los ayer. Ayer presentes por cuanto son resucitados en los versos de Citlali H. Xochitiotzin que recuerda:

Siglos callaste para seguir a tu sombra;
los arcángeles tienen la risa de tu bondad perdida,
y ahí,

tu muerte;
me cuelga tu serenidad de loto.

Con dedicatoria especial, "De la memoria" hace un recorrido por la genealogía femenina: la abuela asiste al discurso lírico y la madre prelude el momento para convocar a la descendiente recordando el instante en que el destino Te escrituró en el fluido de mi sangre./ en el diástole del fuego./ en la chispa primigenia.

"De la memoria" a la palabra, el sentimiento se convierte en ternura expresada de muchas maneras. En un himno a la sucesión de la vida, la maternidad es alabada porque engendrar es saberse nuevamente madre/ y ahí/ volver:/ joven, mujer, madre, abuela, cielo./ gotita, gotita eterna de agua./ bendito vientre./ del bendito vientre./ de tu vientre./ de los vientres./ amén.

"Memorial de la sangre" es sin duda un canto a la vida, canto a lo que ha sido y a lo que será, y al mismo tiempo es un reconocimiento a sus orígenes; los pilares de los que surge y se nutre la personalidad del sujeto lírico desde

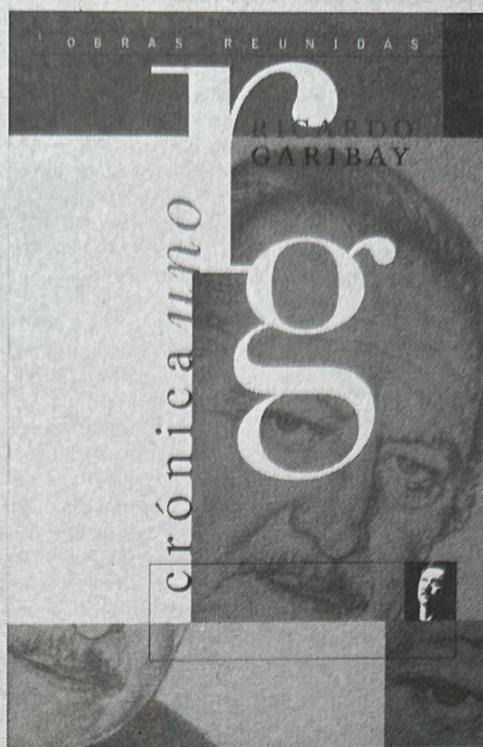
El día que atravesó el ferrocarril el pueblo, el bisabuelo,
"Palipito", descubrió las máquinas...

Día con día puntual admiró su portentoso paso.
Pasmado,
asombrado.

"Memorial de la sangre" tiene una conclusión inesperada porque, cuando se supone la despedida; justo en ese momento surge un torrente de definiciones sobre la conformación del carácter femenino porque Hay mujeres risa; trueno del Ada;/ lluvia del corazón mojando desiertos sin ventanas./ Mujeres viento; caricia de sueños/ viaje de aves nebulosas por planicies.

Por eso la conclusión ofrecida en *Oscuro zodiaco* también puede verse como el prefacio de una producción más prolífica al respecto. Felicidades a Citlali H. Xochitiotzin por esta magnífica muestra poética que seguramente será ampliada en un momento posterior.

Citlali H. Xochitiotzin, "Memorial de la sangre" en Cynthia Rodríguez et al., *Oscuro zodiaco*. UNAM, Col. El Ala del Tigre, México, 1999. 170 pp.



Sabias enseñanzas de Ricardo Garibay

Arturo Trejo Villafuerte*

La historia de los hombres está en su actitud
Julio Torri

Es casi seguro que comencé a leer a Ricardo Garibay (Tulancingo, Hidalgo, 1923-Cuernavaca, Morelos, 1999) en las páginas de opinión del ahora viejo *Excelsior* de Julio Scherer García. La historia es simple y convencional: desde la secundaria ya traía la idea de ser periodista y ese pensamiento giraba en torno a un personaje: Jacobo Zabłudovsky. Él era el prototipo del periodista. Respetando los méritos de Zabłudovsky, que los tiene, cuando ingresé a la Preparatoria No. 9, cambié radicalmente mi sentido de las cosas: había otras lecturas—en lugar del *Ovaciones* o *El Heraldillo de México*, que leía mi papá—ahora era *Excelsior*, otros amigos, otro ambiente.

Un compañero de apellido Castillo, ahora conocido en el mundo del ilusionismo como El Mago Lemur, inició un taller de periodismo que—antes de volverse plenamente ilusionista—él mismo impartía. Las clases eran elementales pero claras y sencillas: nota periodística, reseña, reportaje. Y entonces el ilusionista—rotundamente iluso—, que nunca llegó a publicar más de tres notas informativas en toda su vida, avisa que van a impartir un curso de periodismo en *Excelsior*, pero para alumnos del Colegio de Ciencias y Humanidades. No perdíamos nada con ir y ver qué onda, entonces varios de nosotros nos dirigimos desde la lejana Avenida Insurgentes Norte hasta la mítica dirección de Reforma 18.

No hubo problema para ingresar y durante tres días de 1971, justo antes del *halconazo*, fuimos huéspedes del mejor periódico de la época. Ahí conocimos a los hermanos Castillejo—uno de ellos, encargado de relaciones públicas—, a Miguel Ángel Granados Chapa—muy joven—, a Froylán Mario López Narváez, al propio Julio Scherer García—a quien, con esa osadía que tenemos los jóvenes, le pregunté qué necesitaba para colaborar o trabajar en dicho diario: "Saber el significado de la palabra libertad, escribir bien y pensar mejor". Nunca colaboré en el periódico de Scherer.

Por las escaleras viejas y redondas de ese diario, es casi seguro que miré bajar al sujeto que respondía al nombre de Ricardo Garibay, traía una chazarilla, camisa o guayabera blanca y holgada, maduro, fuerte, con cuello de toro, mientras bajaba las escaleras gesticulaba y movía las manos con firmeza, acaso reafirmando sus ideas, mientras quien lo acompañaba (¿Hero Rodríguez Toro?) asentía con gravedad. No me extrañó la descripción del diario que hacía en *Verde Maira*, editada en 1977 por Grijalbo, pues era casi la del periódico donde él colaboraba.

Ese mismo año, en una pequeña librería de las calles de Donato Guerra, encontré un libro, acaso el primero de Garibay que leí, el cual me entusiasmó: *Rapsodia para un escándalo*, publicado por Editorial Novaro y, pese a que el precio marcado era de veinte

* Profesor investigador de la Universidad Autónoma Chapingo y miembro del Programa de Investigación en Historia del CIESTAAM de la misma institución.

pesos, me lo vendieron en la módica cantidad de quince, lo que representaba un 25% de descuento. Desde que vi el nombre, ya sabía que se trataba de un editorialista de *Excelsior*, a quien leía asiduamente.

En 1978, durante el sexenio de José López Portillo, cuando nos preparábamos para administrar la riqueza, era encargado de Actividades de la Dirección de Literatura del INBA y el maestro Gustavo Sainz, mi jefe, me comentó que acababa de aparecer un nuevo libro de cuentos de Ricardo Garibay, *El gobierno del cuerpo*, en la Editorial Joaquín Mortiz, y le tenía que llamar por teléfono para decirle que lo queríamos presentar. Ya sabía yo—era casi fama pública—de que el maestro Ricardo Garibay era un escritor de carácter difícil, fuerte, nada complaciente ni fácil de convencer en las cuestiones con las que no estaba de acuerdo y pensar en hacerle una llamada me inquietó y angustió bastante.

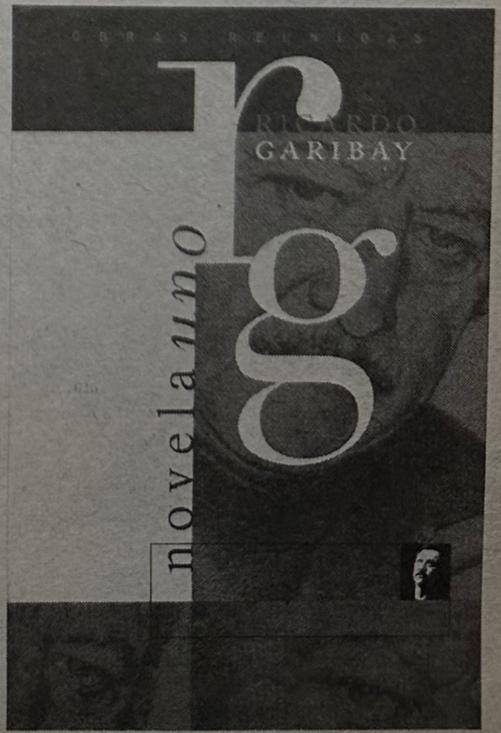
Como sabía que jerarquía mata talento y, como era una orden sugerida por mi estimado jefe, amigo y maestro Gustavo Gazapo Sainz, marqué con todo el temor del mundo los números del teléfono de Garibay. Me temblaban las piernas y un sudor continuo corría por mis manos al saber que me iba a enfrentar a quien muchos calificaban de ogro. El bueno que salió del otro lado fue fuerte, contundente, viril, como diciendo quién habla a estas horas y para qué molesta a quien tiene muchas cosas que hacer.

Le dije quién hablaba, de parte de quién y para qué. El maestro Garibay sólo contestaba con un "ya", "ya", "ya", que se repitió una docena de veces mientras le hacía las observaciones pertinentes sobre la presentación de su libro en la ahora desaparecida Librería Extemporáneos de la señora Zomblock. Y llegó la respuesta clave a todo lo anterior: "Ya. Bien. Claro, estoy de acuerdo, ahí nos vemos". Y luego vino la primera gran lección del maestro cuando preguntó: "¿Pero cuánto me van a pagar?" ya dije en líneas arriba que era el sexenio de JoLoPo y había dinero en el INBA—ya nunca se volvió a pagar así—para ese tipo de acto, por lo que luego de decirle la cantidad, comentó con energía: "Bien, acepto, saludeme a Gustavo y ahí nos veremos".

Mucho tiempo después de esos sucesos, en otra plática con el maestro Garibay, me comentaba que los escritores siempre dan más de lo que reciben: les piden entrevistas, opiniones, comentarios que no van por el lado de su materia específica, la literatura, sino la política, la economía, el orden mundial, etcétera, y nunca se les paga un quinto por esas consultas; además la gente luego se enoja si no emiten una opinión o si no toman una posición al respecto; mientras que un médico, psicólogo, albañil, plomero o electricista, cualquier tipo de consulta causa los respectivos honorarios. Lo que hace el escritor no se ve y no se siente, no se nota de la manera en que se puede ver un puente, una casa o una conexión hidráulica, pero éste proyecta algo que está más allá de la estructura de una construcción y de la utilidad o no de una tubería: nos da el registro de las emociones, sentimientos y razones de los hombres en su largo camino de ser humanidad.

¿Quién era el rey de España o quien, el duque o conde, el noble a quien Miguel de Cervantes Saavedra le dedica *El Quijote*? Nadie lo recuerda, pero sí al escritor, a ese ser humano que padeció hambre, sed y frío, con una mano inutilizada, pero que tuvo el carácter suficiente para esforzarse y crear una obra literaria que, a la larga, trascendió más que los reyes y nobles, puentes, casas y tuberías de esa época.

Gran lección de Garibay: no aceptes las migajas de este reino, porque el de los auténticos escritores no



'RUCE PELIGROSO • CRUCE PELIGROSO • CRUCE PELIGROSO •

es de este mundo, sé sincero y coherente con tu obra, con tu trabajo, constrúyela día a día, como de todas maneras y formas se va haciendo la vida misma.

Ahora, ante sus monumentales *Obras reunidas*: cuento, novela, crónica y memorias, aquí conjuntadas, pienso en lo que dijo e hizo el maestro, lo que ha enseñado y seguirá haciendo con sus textos. También leyendo, revisando estos monumentales tomos, pienso: ¿qué tipo de lector leerá —o releerá— al maestro? ¿Estos voluminosos volúmenes serán accesibles para los lectores que merece Garibay?

Me inquieta el asunto porque, por muchos motivos y razones, el maestro no era monedita de oro, no le caía bien a ciertos sectores de las mafias literarias —que las hay: los del suplemento de la revista *Siempre!*, sólo hablan de los que colaboran en ella; los de la *Revista de la Universidad*, de los escritores del grupo de la UNAM, etc.—, de la cultura y de la política del país. Aquí mismo, en Hidalgo —Garibay quiso ser hidalguense, porque su familia, según me platicó en algún ocasión Ali Chumacero, venía de Jalisco—, durante muchos años se le hizo el hueco, el silencio, el fuchi, cuando él era el más grande escritor de la entidad y, me atrevo a decir guardando toda proporción con otros escritores que admiro, Carlos Fuentes, entre otros, por ejemplo, uno de los máximos exponentes de la literatura mexicana contemporánea.

Pienso en los lectores porque en muchas ocasiones eso le faltó al maestro: tener lectores. Conste que no digo que no lo leyeron o que no lo tuvieron, pero por mediáticas razones —como sucedió con Juan José Areola—, de pronto era más conocido por sus participaciones en la televisión, por sus colaboraciones periodísticas y sus programas de radio.

Entonces —como siempre lo he dicho— el mayor homenaje que se le debe de hacer a un escritor es leerlo, saber de sus obras, comentarlo. Jorge Luis Borges decía que la verdadera muerte es el olvido y, obvio, el maestro Ricardo Garibay no está muerto, porque por eso estamos aquí celebrándolo en sus *Obras reunidas*, pero necesita estar mucho más vivo, ser leído en todo su esplendor.

Estas *Obras reunidas* podrían cumplir con ese cometido pero, por desgracia, somos un país de alfabetas, de personas que —en su gran mayoría— con trabajos leen un libro en un año, si es que se tiene esa suerte. Por lo demás, la gente opta siempre, cuando se trata de decidir entre comer y comprar un libro, en lo primero porque lo consideran vital, cuando, en realidad, como siempre lo apuntó el propio maestro, es tan vital la lectura como la comida, una alimenta el espíritu y la otra el cuerpo, pero no hay división posible entre uno y otra.

Aquí en estas hojas impresas tenemos, de nueva cuenta, al maestro Garibay con toda su fuerza y empuje, notamos sus gestos hoscos, sus manoteos enérgicos, los golpes en la mesa, su voz ronca y viril pidiendo concreción y mesura. Leerlo de nueva cuenta es casi volverlo a escuchar y, además, acompañado por el excelente prólogo de otro querido maestro, Vicente Leñero, que vaya si lo conoció —solo una aclaración: Rubén Olivares no es de Tepito, como él asegura en su prólogo, sino de la colonia Tablas de san Agustín que pertenece al barrio de la Bondonjito, mi barrio, además de ser el nombre de una hacienda hidalguense que vio nacer a los Rojo Gómez, Rojo Lugo y Lugo Verduzco, entre otros políticos de la entidad—.

Luego los apuntes serios, mesurados, sensatos, en el volumen *Cuento, uno*, que hace Manuel Gutiérrez Oropeza, no tiene desperdicio; la apología e invitación a la lectura en *Novela, uno*, que hace Agustín Ramos y forma la parte más sólida de la obra garibayesca, tampoco; el sabio y memorioso recordatorio de la personalidad del maestro que logra Eduardo Mejía en *Crónica, uno*, es muy rico; y las notas de Juan Domingo Argüelles en *Memoria, uno*, permiten ver, en su conjunto, a un escritor de una sola pieza y la importancia de la obra del autor hidalguense.

Otra lección de Garibay —que habla de su coherencia— fue cuando escribió sobre Juan Rulfo, quien recibía el Premio Nacional de Literatura: "Rulfo en la madurez apenas. Dos libros que viven en varios idiomas desde hace 25 años. Único folclor a la altura del

arte. En la página siete de *Excelsior*, se rinde justo homenaje a Rulfo y se recuerda aquel itinerario de escritores mexicanos que José Luis Martínez sugirió alguna vez: hasta los treinta años, aprendizaje; hasta los cuarenta y cinco, trabajo, producción, escritura; de ahí en adelante, honores y archivo. Brevísimo itinerario, triste, de quienes arrancan y desembocan antes de tiempo. Rulfo es su propio caso, y así que queda. Decía Gide: 'Ay del que comienza temprano'. Primero, tal vez, porque el que así comienza, temprano acaba, la impaciencia no acompaña carreras largas; luego, porque la literatura no es cosa de juventud sino de resistencia, de obsesión, de necedad, de leñosa ignorancia y un millón de hachazos antes de poder encender con ella un buen fuego, luego, porque sólo la inspiración madruga (no la vida) y es voraz y enclenque en el comienzo y pronto se harta o desmejora, sin

tiempo para enraizarse, sin fronda, como quien empezara a boxear siendo niño de cinco años; luego, porque más vale el oficio de escribir que el genio para escribir, pues con aquél se ha hecho la literatura de todas partes, y porque todos nacemos geniales y aprisa dejamos de serlo y unos cuantos, no más, se empecinan hasta dar con la flor de la conciencia. Literatura es tardanza, es cantidad. Más que para el libro notable del adolescente, uno anhela el aplauso para el penúltimo libro del escritor de ochenta años, ya definitivamente adolescente plena madurez" (pág. 86, *Memoria, uno*).

Le debemos mucho a Ricardo Garibay, le debemos otro tanto más a Margarita Michelena, a Efrén Rebollo, a Gonzalo Martré, a Federico Arana, a Agustín Ramos, a Ignacio Trejo Fuentes, a Jorge Antonio García, a José Antonio Zambrano y así a todos y cada uno de los escritores hidalguenses que nos han precedido y, de la misma forma, ya comenzamos a deberles algo a los que vienen después de nosotros. Varios de los primeros han sido glorias nacionales, auténticos artifices de lo que ahora es la literatura mexicana contemporánea, o moderna, que siempre estará por fortuna o por desgracia, como lo señalaba Octavio Paz, "entre la tradición y la ruptura".

Otra de sus sabias lecciones que le aprendí y ha quedado vivamente guardada en mí: la reunión de los supuestos *contrarios*, en busca de la tolerancia, como lo hizo en su programa del Canal 11, donde juntó a la lúcida Inram Antaki —árabe— con el poeta Sandro Cohen —judío—. Ahí, de lo que se trataba, finalmente, era de hacer un ensayo de tolerancia entre dos representantes de pueblos eternamente rivales, pero ahora cohabitando, conviviendo en México y con un amor común: la literatura.

Luego, en una comida organizada en la sede de la SOGEM, por el siempre querido y recordado José María Fernández Unsaín, para un gris secretario de Estado, quien después llegó hasta lo más alto de lo alto de la Nación. A la hora del coñac, el funcionario fue invitado a hablar, y recalzó que sería muy breve: comenzó a explicarnos y reseñarnos un gran programa que nunca se ha llevado a cabo sobre la educación pública en México, ni cuando él fue su titular y menos cuando llegó a ser el Preciso y ofreció "Bienestar para la familia" (¿de quién: del pueblo o de los banqueros, a los que tanto benefició?), luego de casi una hora de perorata, de hablar y de tratarnos como a retrasados mentales, como a la gente con la que él —posiblemente— estaba acostumbrado a tratar, a nosotros los escritores, a varios duques, condes y nobles de las letras, a nosotros los que sí leemos periódicos, a quienes hacemos y usamos el único medio de comunicación que contiene ideas, el libro. De pronto sobrevino un golpe contundente en la mesa: áspero, fuerte, enérgico. Eran las gruesas manos de Garibay, ya fastidiado y harto de tanta palabrería hueca y luego su voz tronante, como de un Zeus enfurecido: "¡Al grano, señor secretario, al grano!"

El gris personaje, pero importante, tuvo que minimizar su extensísimo discurso, cuando ya se habían salido del lugar muchos escritores que estaban en los extremos de la gran mesa —Eraclio Zepeda, Vicente Leñero, René Avilés Fabila, Ignacio Solares, etc.—. Gran lección: no soportar a los príncipes cuando están en los terrenos de la inteligencia.

En realidad, las enseñanzas esenciales y vitales —aunque pareciera que no es así y que forman una paradoja— se encuentran precisamente en sus libros: disfruté mucho con *El gobierno del cuerpo* y *La tierra prometida*, gocé con *Verde Maira*, me deslumbré con *Par de reyes*, sufrí con *Triste domingo*, me encantó *El joven aquel*, me inquietó *Trío* y *Lía* y *Lourdes*, me entusiasmé y quiero escribir algo parecido a *La casa que arde de noche*, y luego vienen los ensayos como *Rapsodia para un escándalo* y *Oficio de leer*, el periodismo, los reportajes, los guiones, las memorias y crónicas, confieso que lo que menos he visto y leído de él es su teatro, aunque conozco muy bien *Mujeres en un acto*, publicada por Editorial Posada en 1978.

Ahora, ante estas sus monumentales *Obras reunidas*, cuento, novela, crónica y memorias, que son las que están en estos cuatro volúmenes, sencillamente, al revisar los trabajos de Garibay, notamos lo evidente: no tienen desperdicio, porque aun en lo menos logrado de su producción, siempre deja algo en el lector ensimismado. Todos sus libros son propositivos, estimulantes, tienen algo que ayuda a reflexionar, a discernir. Con los textos de Garibay he encontrado los

tonos de muchos de mis poemas, con su prosa he podido hallar algún sentido a muchos de mis actos.

Importantísimo es la recreación de los modos, atmósferas, ambientes y caracteres femeninos, con los cuales siempre he pugnado por encontrar la cuadratura a ese círculo o el círculo a esa cuadratura, y entonces, en varios de los escritos del maestro, encuentro una respuesta práctica, una solución viable a cuestiones vitales que pensaba sin solución o más difíciles, como enfrentarse a una mujer que nunca deja de ser un resplandor o un enigma.

Las obras del maestro Garibay han dotado a nuestra literatura de muchos elementos que antes no eran considerados importantes y que ahora ya lo son, uno de ellos es la cuestión del oído: no se puede explicar a Armando Ramírez, Emiliano Pérez Cruz o Josefina Estrada sin los trabajos sonoros del maestro quien, finalmente, regresó al origen: la escritura son letras, palabras codificadas en un signo, éstas son sonidos y, entonces, el verdadero mérito es hacerlas sonar como tales, buscando su esencia en el terreno fonético y fonológico.

El propio maestro lo decía en *Rapsodia para un escándalo*, en las páginas dedicadas al centenario de Rubén Darío: "La palabra es la cima del hombre. El poeta, sérvio y señor de la palabra, es cima de la colectividad. La palabra es reunión de humanidad, es síntesis de voluntad y razón largamente cultivada entre todos. El poeta es concentración de palabras, carismática apretazón diccionaria, olla en que huyen los significados esenciales, última instancia humana del verbo.

"Dicho a media calle: el poeta es lujo de la población, recipiente principal del espíritu; a él acuden en propiedad los idiomas y de él salen como conocimiento —el más certero y hondo— del mundo y de la vida; conocimiento donde todos han trujinado, que todos deben de usar en propiedad. Entre los que hacen la sabiduría, el poeta está en lo más alto y no se equivoca jamás. Es como premio al esfuerzo de la nación, y también, en el caso opuesto, como esperanza u oro futuro de sus desventuras. Me explico su existencia como desembocadura de la abundancia de alegría o de dolor de muchos hombres".

Y así sucede, con estas *Obras reunidas*: tenemos el verbo de Ricardo Garibay para mucho rato, ojalá los lectores sepan apreciar este esfuerzo y disfruten de la gran literatura de este ilustre hidalguense universal.

Ricardo Garibay, *Obras reunidas. Cuento, uno*. Ed. Océano-FOECAH-CECAH-CONACULTA, México, 2002. Volumen 1. 602 pp. (Prólogo general: Vicente Leñero. Ensayo particular de Manuel Gutiérrez Oropeza).

—, *Obras reunidas. Novela, uno. Ibidem*. Volumen 2. 510 pp. (Ensayo particular de Agustín Ramos).

—, *Obras reunidas. Crónica, uno. Ibidem*. Volumen 4. 452 pp. (Ensayo particular de Eduardo Mejía).

—, *Obras reunidas. Memoria, uno. Ibidem*. Volumen 6. 496 pp. (Ensayo particular de Juan Domingo Argüelles).



Ricardo Garibay



Garibay habla con jóvenes